



ÍNDICE

FE DE ERRATAS

Pág.	Dice línea	Léase
8	17: efecto	defecto
20	3: pegadas	pagadas
21	31: llanto	llamado
24	8: le	la
24	15: mirado	mirada

—habla y después sabrás en donde está el cielo azul.

Y levantando el puñal, lo clavó también en la garganta de Rufo.

—Tal, Tal, hermano mío, defiéndeme— gritó el infeliz, desesperado.

Tal lo miró, tierna, tristemente, casi inmóvil, bañado en sangre, levantando apenas la cabeza. Ya no podía defender á su amo.

—¿En donde tienes eso?—insistió con ferocidad el bandido, revolviendo y hundiendo más el puñal en la garganta de la víctima.

—Ay! allá.... al pie de aquella vertiente.... por la derecha... bajo una piedra grande... Pero no me matéis!....

—Ah, ah!...

Y el asesino terminó su obra rebanando en cruz el cuello del idiota.

Y mientras los tres corrían hacia la vertiente y Rufo exhalaba el último suspiro tendido boca abajo, Tal gimió por última vez con los ojos levantados hacia el cielo azul...

FIN.

que Tal, de un salto, trató de interponerse entre su amo y los salteadores, mostrando sus dientes puntiagudos, asezando y aprestándose para el desigual combate. Rufo reía como un idiota ante la mirada sedienta de sus acompañantes, y acordándose de su eterna preocupación preguntó nuevamente:

—Y el cielo azul, ¿en donde está?

El más feroz de los desconocidos echó sobre sus hombros el largo poncho que cubría su cuerpo, é inclinándose sacó de la ancha bota un puñal reluciente, recto y afilado.

—El cielo azul, infeliz, dí, ante todo, ¿en donde está esa piedra? ¿en donde tienes el dinero?

Tal no pudo resistir y se lanzó sobre el bandido hincándole los dientes casi á la altura del corazón.

V

El día clareaba. A lo lejos se oyó un balido.

Rufo tembló por primera vez y tuvo miedo, mientras Tal empezó á arrojar la vida en un gruñido feroz que gorgoriteaba en el ancho tajo que el bandido le hizo en el cuello y del cual manaba la sangre á borbotones.

—El cielo azul, espantajo—repitió el asesino, mientras sus compañeros refunfuñaban,

tras Rufo se distraía en sus divagaciones incoherentes.

—Hay que precaverse de ese perro—indicó otro.

Tal dió un salto y se puso á la puerta de la guarida.

—Qué tienes, imbécil—le dijo el amo, como volviendo en sí.

El perro ahulló por segunda vez, y los desconocidos temblaron.

—Yo sé—prosiguió Rufo, dirigiéndose á sus amigos—que el cielo es infinito. Pero ¿qué cosa es el infinito?

—Dios—respondió uno—y para ver el cielo tendrás que ver á Dios.

—Yo quiero ver á Dios.

—Entonces, andemos. Apenas claree el día te daremos en el gusto y nosotros habremos resuelto nuestro negocio.

—Andemos—dijo Rufo.

Tal dió un salto hacia afuera. Su amo franqueó la puerta con el látigo en la mano. Le seguían los desconocidos.

—Cuando amanezca veré el cielo azul y volveremos aquí. Yo tengo debajo de una piedra mucha plata para pagar lo que hagais conmigo.

—¡Basta!—exclamaron los desconocidos, ¿en donde está esa piedra? dí, ¿en donde está esa plata?

El más fornido apretó con sus manos brutales el pescuezo de Rufo, al mismo tiempo

un ahullido profundo, cuyo eco se fué repitiendo y apagándose de cerro en cerro.

Rufo con el látigo en la mano y lleno de ira le dijo:

—Calla, imbécil, no ves que son mis amigos.

Y dirigiéndose á ellos, prosiguió:

—Bueno, ¿y ustedes me aseguran que el cielo azul está allá, más allá, encima de la otra montaña, y que yo puedo pegarle con la cabeza, levantarlo, como si fuera un telón muy grande, y ver lo de más arriba, lo que yo quiero?

—Sí, amigo Rufo, nosotros ocultamos en cierta ocasión encima del cielo azul, al mayordomo de una hacienda porque no quiso entregarnos la bolsa.

—¿Encima del cielo azul? Qué bueno será estar así.

Tal oyó esto sentado en los cuartos traseros y moviendo las orejas, como impaciente por adivinar la intención de cada palabra y de cada movimiento de los desconocidos. El perro parecía preocupado del problema que iban á resolver los extraños camaradas de Rufo.

IV

—Y... ¿cómo lo hacemos?—preguntó el camarada más viejo, muy en secreto, y mien-

cielo. ¿Quiere su merced indicarme un camino?

—No es difícil—replicó el desconocido.

El idiota revolvía el látigo entre las manos, mientras el huésped desabrochaba la funda de su revólver.

En la puerta, Tal, impaciente, ladraba á la luna, como el gallo canta á los primeros rayos de la aurora.

III

Jamás á Rufo se le ocurrió hacer un corral para el ganado á fin de preservarlo de los robos. El perro se encargaba de los ladrones. Era un vigilante fornido, enorme. Cuando sorprendía á alguno le saltaba al pecho, le tumbaba y con la presa bajo sus garras de león, lanzaba un gruñido feroz hacia la guarida de su amo. Este acudía, pero entonces, era Rufo el que gruñía, mientras el perro callaba.

Tal debió convencerse después de mucho tiempo de que su amo era un aposentador de ladrones; y, á pesar de eso, nunca descuidó la vigilancia.

Cierta noche llegó un extraño. Y luego, otro, y otro.

Tal olfateaba y sentía miedo, un miedo de perro, en vísperas de un peligro. No pudiéndose contener, largó al silencio de la noche

lejos, Tal gruñía. Entonces el amo le acariciaba los lomos con la ferocidad de un verdugo.

Como Tal ahullara tristemente, el idiota le decía:

—Cobarde!

El pobre bruto soportaba los golpes con los ojos entristecidos por un intenso dolor animal, y con el hocico abierto, en el que temblaba su roja lengua húmeda, parecía decir al amo:

—Señor, más allá... más allá está el peligro. Yo he venido cerro arriba, cerro abajo, olfateando las aposentadurías de los ladrones.

II

Una noche, en la majada, Tal, intranquilo, oyó á Rufo que preguntaba á un desconocido:

—¿Por qué es azul el cielo?

Y el desconocido le respondió, sonriendo:

—Porque es azul el color del infinito.

Tal comprendió á Rufo y á aquel rondador de las montañas. Pero Rufo no veía ningún peligro en el desconocido, ni comprendía á su perro que meneaba la cola y miraba impaciente al huésped de su amo.

—Yo he subido á todas las alturas—prosiguió Rufo—y nunca he conseguido tocar el

El cielo azul

I

Rufo era un hombre con alma de perro y rostro de idiota.

Entre sus preocupaciones constantes, mientras pastoreaba el ganado por las breñas y vericuetos de las montañas,—fuera de la de arrancar la brizna fresca y las pulpas jugosas de los cactus—sobresalía la de aventurarse muy adentro, sin rumbo fijo, pero con una preconcebida idea de loco; la de aventurarse más allá de los contornos del terruño, más allá de las sierras distantes, en busca de un punto desde donde se pudiera tocar el cielo azul, el cielo siempre despejado de la comarca solitaria.

Tal, su perro, su único compañero en las soledades del campo y en la horfandad de su guarida, tenía el talento de un hombre en su cerebro de bestia.

Cuando Rufo tomaba el látigo y la bolsa tabaquera, y llevaba el ganado cada vez más

zos cruzados sobre el pecho divagaba y movía la cabeza pausadamente. El tren avanzaba fatigosamente.

Comprenden ustedes ahora—continuó de improviso.—Maldito tren... maldita la hora en que sin tomar en cuenta la diligencia de Corona, tendieron una línea hacia mi pueblo, para que yo tornara á él á sentir los dolores de mi primer desengaño, y para que un míster James se tomara la libertad de arrebatarme á mi novia....

He aquí las conquistas de este progreso criminal...

Por eso cada vez que me toca hacer estos viajes, me acuerdo de aquella diligencia, me acuerdo de Corona, me acuerdo de todo eso que les he referido... y... disculpen ustedes, creo que hemos llegado...

*

Estábamos en la estación del Puerto...

Allá en el fondo del valle apareció nuestro pueblo. A través de los gomeros altísimos, la blanca torre de la iglesia se me figuró una avanzada cariñosa que bendecía nuestro regreso. Qué de ternuras no despertó en mi corazón. Llegué á creer que era mentira que un míster James hubiese podido quitarme mi novia.

A la llegada á la estación se produjo entre nosotros y nuestras familias una explosión de abrazos, de lágrimas, de gritos. El júbilo nos hacía llorar....

*

—El Barón, caballeros—nos dijo el conductor, interrumpiendo el relato de Juan Carlos.

Juan cambió de postura é hizo un esfuerzo mental como para almacenar una última provisión de palabras.

—Eh, demonios, vamos llegando...

Después de los llantos y de los abrazos, cuestión de dos minutos, y cuando retiré mi cabeza del seno de mi madre que me estrechaba en un esfuerzo emocionante, mis ojos también llorosos se encontraron con los de Panchita, mi Panchita... pero allí á su lado... míster James le decía dulzuras al oído...

—¡Hombre!...

Juan Carlos guardó silencio y con los bra-

—Pero no se aflija usted, Corona—dije yo al pobre viejo—puede dedicar su coche á los viajes al interior. Talvez ganará lo mismo y quien sabe si más.

—Qué, patroncito, yo estoy viejo, ya no me queda otro viaje que el del panteón...

No recuerdo que otras cosas me dijo ese pobre hombre vencido por el tren.

Y allí le dejamos, al partir hacia nuestro pueblo, apurando toda la amargura que debe sentir un destronado por el progreso...

El carro iba convertido en una jaula de cotorras. Tal era el júbilo de todos los que regresaban al rincón natal. Sólo yo me sentía apenado.

En la estación de Freirina, subió un viejo conocido: míster James.

—Miren á míster James—dijo alguien á mi lado. Es que va á ver á la novia.

—¿Y quien es la novia de ese caballero?—pregunté, temblando.

—Dicen que la Panchita no se cuanto,—me respondieron.

Calculen ustedes... mi novia se llamaba Panchita y no había otra Panchita en mi pueblo.

Debo haberme puesto pálido, trémulo. El corazón se me movía como una tetera de agua en ebullición. Los campos floridos de mi tierra pasaban por mis ojos, sin color, sin vida, sin aire y sin atractivos. Me parecía avanzar hacia la tumba de mis esperanzas.

—Bah, no saben ustedes. Y el tren para qué está. Ayer fué la primera máquina á Vallenar. Hoy llevará pasajeros...

Figúrense ustedes, cómo preferir la diligencia de Corona, cuando íbamos de Santiago; pero qué engaño tan común. Las conquistas del progreso nos arrastran.

Repentinamente y mientras nos dirigíamos á la supuesta estación del ferrocarril, se me ocurrió preguntar al pobre viejo por mi novia, y me contestó con cierta sonrisa sospechosa:

—Allá está, pues.

Yo me quedé mirándole, sin atreverme á preguntarle nada más. Divisaba en los ojos de Corona una sombra de tristeza. Le ví decaído. Miraba el mar de vez en cuando con honda pena. En su descuidaba barba no había un cabello negro. Las arrugas le cubrían el rostro y su pulso temblaba.

—¿Está usted enfermo?—le pregunté.

—Qué ha de ser, señor, si se me va á acabar el negocio... maldito tren... no ve la suerte de los pobres... ni un pasajero para mí... todos para el tren...

He ahí otra conquista del progreso—pensaba entonces para mí, mientras mis tres compañeros no oían la queja de Corona que nos seguía sumiso y desengañado. Ansiaban llegar pronto á la estación que iba á ser una sorpresa para nosotros.

nos ocurre que ni tú mismo sabes como terminar tu cuento para que parezca eso...

—Es que no se trata de un cuento...

—Pero suprime todo lo que ya sabemos...

—Eso sí, voy á terminar...

Se había producido un ligero movimiento en el pullman que en las demás estaciones se nos pasó desapercibido.

—Limache, caballeros—dijo el conductor.

El convoy se detuvo, bajaron dos ó tres personas de nuestro carro, subieron otras y seguimos la marcha.

*

—Bueno, llegaré al fin—prosiguió Juan Carlos.—Al año siguiente...

—Ah, el viaje redondo... de ida y vuelta...

—Si ustedes quieren, pongo punto final... es lo mismo...

—No, continúa...

—... al año siguiente volvimos á nuestro pueblo. Desembarcamos en el puerto, ansiosos, desesperados, locos de júbilo... Allí, en el muelle, allí estaba Corona esperando, esperándonos talvez. Cuando vió acercarse nuestro bote, nos hizo una señal incomprensible, algo que quería decir como que no contaba con nosotros.

Saltamos á tierra. Le abrazamos con cariño y le dijimos que tenía que llevarnos á nuestro pueblo como la otra vez nos había traído.

Yo pensé un momento en ese profesional desterrado á los campos solitarios, luchando por la vida, y pensé en que gracias á él una línea férrea iría en breve á sorprender en su sueño de un siglo al pueblo de mi nacimiento. He aquí una de las conquistas del progreso, me dije entonces, y hoy... reniego de ese progreso criminal.

Llegamos al puerto muy de noche. Hacia el norte, desde el carruaje, divisamos el conjunto de luces del vapor en el cual nos vendríamos á Valparaíso. Corona nos llevó hasta el muelle, y allí se despidió de nosotros sollozando.

—Yo que los he visto desde chiquitos... como no los he de querer y sufrir al ver que se van tan lejos.... y solos....—nos decía, enjugándose las lágrimas con la manga de su blusa.

Y cuando le abrazamos emocionados agregó lastimeramente:

—Adiós, hijitos... adiós, pues. Dios los bendiga!

Después... ustedes no saben que no hay nada más triste que el último adiós á la tierra amada desde la popa de un vapor en una noche de luna!...

—Pero ya nos has contado eso—interrumpimos á Juan Carlos—tienes una manera tan especial para no decir nada en orden, que se

gre... Buena Esperanza... Longomilla... Oh, ustedes no conocen mi tierra.

El camino carretero se cruzaba entonces á pocas leguas de Longomilla con los terraplenes del ferrocarril en construcción.

En ese punto Corona detuvo su diligencia para que los caballos tomaran aliento, y nos dijo, pensando en el porvenir:

—Para este otro año, ya estará el tren. Y entonces qué irá á ser de mí...

El estado de nuestros ánimos no era para deducir filosofías de las proféticas palabras de Corona.

Cinco minutos estuvimos mirando el valle, el río y las sierras desde un montículo en el cual nos azotaba el viento de la tarde. A aquella distancia de nuestro pueblo, los cerros de la cordillera del este eran más azules, más nebuloso el occidente, y más tristes nuestros pensamientos.

Cuando reanudamos la marcha pasamos al lado de una cuadrilla de carrilanos ocupados en tender los rieles. A cierta distancia de ellos, divisamos á uno de los jefes, joven, alto, tostado al sol, metido en un traje blanco y cubierta la cabeza con un cucalón de anchas alas.

—Ese es míster James—nos dijo Corona desde el pescante.

Míster James era uno de los ingenieros de la línea en construcción.

mera vez tuve que dejar mi pueblo para venirme á Santiago, desde la diligencia de Corona, dije adiós por última vez á mi amada inolvidable, que desde una ventana semi entreabierta me miró al partir con los ojos anegados en lágrimas.

Partimos los cuatro amigos inseparables, los cuatro muchachos que se enviaba á Santiago á conquistar el porvenir. Es un viaje que no lo olvidaré en mi vida. Apenas repuestos de la desesperación, callados, sollozando, desde el fondo de la diligencia de Corona, nos dedicamos á contemplar los paisajes de nuestros campos que iban quedando atrás, lentamente.

Desde una altura dimos la última mirada al pueblo que se nos perdía allá abajo, encajonado, en una quietud infinita, oloroso y fresco como un rincón del Paraíso.

A la derecha por el fondo del valle (dejadme que recuerde á mi modo, como yo lo siento, todo aquello) á la derecha en el fondo del valle, el Huasco apacible se extendía hacia la costa, oculto á veces por espesos carrizales, para aparecer más lejos, brillante, sinuoso y angosto como una cinta bruñida.

Ibamos dejando atrás los verdes potreros, las huertas olorosas, las alamedas simétricas de altos álamos, los remansos abrigados por sauces frondosos, las cuestas ásperas, los callejones interminables, todos los sitios que nos eran familiares... Paona... Vista Ale-

Ibamos convencidos de que antes llegaríamos al término de nuestro viaje que al último capítulo de la novela de ese charlador. Y seguimos escuchándole con toda resignación.

—Mi abuelo fué uno de los más decididos protectores de Corona, y Corona uno de los más partidarios de mi abuelo.

Yo crecí oyendo el nombre de ese fiel servidor de mis mayores.

Corona había logrado adquirir un coche, y de cochero á sueldo pasó á cochero propietario.

Como se conducía honradamente, se le confió la conducción de la correspondencia postal. Por eso, cuando salíamos de la escuela, oíamos por todas partes al ver pasar el carromato de Corona:

—Ah, llegó la diligencia.

Como todos ustedes, cultivé en mi pueblo un amorcito ideal. El primer paseo que con Ella hicimos en carruaje, á las "añañucas", en un bello día de primavera, lo realizamos en la diligencia de Corona. La primera salida que hice desde mi pueblo hacia la costa, la efectué en compañía de mi padre, en la misma diligencia. Oh, el mar visto por primera vez desde el fondo de un carruaje lejendario... Cuando mi abuelo murió, la diligencia de Corona nos condujo al Cementerio, y el pobre lloró con nosotros como si hubiese sido de nuestra familia. Y cuando por pri-

dicarnos, mutis mutandi, á la inacabable charla de Juan Carlos.

—Yo viajo siempre en pullman—nos había dicho varias veces—es un poco más caro, pero más cómodo, más holgado. Aquí la gente no se molesta porque uno se fuma un buen puro y porque habla golpeado. El refinamiento. Aunque esto no quita que yo odie los viajes en tren con todas las fuerzas de mi alma... Y á propósito...

Así enhebraba sus relatos y en todos ellos expresaba su odio al tren con manifiestas intenciones de explicarnos el por qué de ese odio, sin llegar nunca á su objeto, como esperando alguna insinuación nuestra.

Al salir de Llaillay, saboreando un nuevo puro—lo que era un lujo para nosotros, por lo menos para mí que viajaba por primera vez en pullman por algo que no viene al caso,—Juan Carlos reanudó de improviso su interminable discurso.

—Oh, Corona!... si supieran quién era Corona; si supieran ustedes que por culpa de un tren, aborrezco la vida... Después de quince años de todo aquello, conservo ese sentimiento... Pero veo que ustedes no se interesan por algo que no les he contado todavía...

—Hace ratito á que esperamos eso—dijo uno de nosotros...

—Ah, perfectamente, ahora empiezo...

charla no era desagradable, le dejábamos decir y sólo de vez en cuando, le interrumpíamos para aclarar alguna frase incomprensible ó para que nos repitiera algún hecho que poníamos en duda.

—Pues, lo que les digo... la cosa pasó así... lo juro...

Con exclamaciones como esta, creía convencernos de que era verídico cuanto nos contaba.

Juan Carlos continuaba siendo el mismo. Invariable en su modo de ser. A los 28 años era aún el muchacho revoltoso y pendenciero que conocimos en el Instituto. Iba entretenido en molestar á los del pullman lanzando palabras altisonantes, como antes lanzó pelotillas á los profesores. Se daba un placer con llenar de humo el carro, como en sus tiempos de estudiante con fumar en las salas de estudio á hurtadillas del inspector. No había perdido tampoco, con la experiencia de los años, la costumbre de rodear su vida de una serie da aventuras é incidencias increíbles que le daban un aspecto de personaje novelesco y embustero. Continuaba siendo un idiólatra consumado.

Cuando en aquel día unos cuantos camaradas nos encontramos, después de muchos años, en un tren en viaje á Valparaíso, nos abrazamos cordialmente y canjeando nuestros boletos con los demás pasajeros logramos reunirnos en un rincón del carro y de-

cia, un carromato anticuado y áspero que, á pesar de eso, se disputaban los que tenían que hacer la jornada, porque su dueño usaba de su prestigio y de mil halagos para sostener y aumentar su clientela.

Pues, juro á ustedes que la diligencia de Corona valdría hoy para mí, más que este tren que nos lleva á tumbos quien sabe si á la muerte, más que todos los trenes del mundo; más, cien veces más, que este pullman en que un choque cualquiera puede despacharnos sin olor á santidad y como á verdaderos aristocráticos...

—De manera—interrumpió uno de nosotros—que tú preferirías hacer este viaje á Valparaíso en una caleza de tu tiempo, antes que reconocer las ventajas de esta agradable locomoción?... Hombre, vives en el retroceso de hace dos siglos.

—No tanto, amigo mío, veo que no me explico. Sostengo que preferiría hacer este viaje en la diligencia de Corona. Yo os lo juro...

Guardamos un minuto de silencio, aunque la curiosidad nos picaba. Tentados estuvimos por tirar de la lengua al charlador, aunque sin necesidad de eso á la salida de Llaillay había reanudado sus cuentos empezados en Santiago.

El expreso corría hacia el Puerto. La mayor parte de los pasajeros del pullman dormitaba. Juan Carlos nos había relatado una serie de rememoraciones de su vida. Como su

Juan Carlos

Páginas

—. . . .Después de quince años, de todo aquello, ningún recuerdo vive más arraigado en mi memoria, que el del viejo Corona, propietario y conductor de una, para mí, memorable diligencia.

Le veo, como si fuera hoy, en su invariable quehacer de llevar y traer al mayor número de los pasajeros que llegaban á mi tierra hospitalaria, á aquella encantadora tierra en que nací y á la cual acaso nunca más volveré. . .

Regresábamos á nuestro pueblo. Eramos cuatro muchachos inseparables en todas partes.

Un año antes habíamos dejado por vez primera el hogar y la tierruca, para venirnos á Santiago á iniciar nuestros estudios de humanidades.

Corona, el viejo Corona nos había conducido hasta el puerto en su vetusta diligen-

¿Quiére usted imponerse de esta otra, que el pobre Mepris ha dirigido á Margarita?

(Augusto toma la carta y la lee, temblando.)

"Mi hija querida: No te cases con Frondel. Es un joven de un gran corazón, como el mío. Hoy todos los hombres son malos. El que no lo es, se muere. Si insistes y no escuchas este consejo de tu padre, llorarás tu desobediencia sobre el cadáver de tu esposo, al día siguiente del matrimonio.—Tu padre, Mepris".

—Ah, señora condesa, vuelvo en mí. Comprendo...

—Lo perdonará usted, Augusto. No ve que los locos dicen las cosas á su modo!... Es el amor del padre que habla así. Nosotros presentimos lo que iba á suceder... ¿No es así, Margarita?

—Perdone usted á mi padre, Augusto...

—Oh, debemos perdonarle con todo el corazón, señora condesa. Y si el vaticinio se realiza, moriremos juntos, Margarita...

solo al día siguiente de su matrimonio. No se case usted.—Juan Mepris".

(Augusto cae desvanecido sobre un diván).

—Cómo! ¿Mepris, el viejo de la taberna es el padre de Margarita? Dios mío...

(Suena la campanilla. Entra el mozo nuevamente y anuncia visita.)

—Eh, ¿quién será? ¿Qué significa todo esto? Qué presentimiento!... Esto es una aventura grotesca... ¿Quién se ríe de mí?...

(Aparece la señora condesa acompañada de Margarita.)

—Oh, es usted, Margarita... Adelante, señora condesa.

—¿Qué tiene usted, Frondel?

—Nada, señora.

—No lo oculte usted. Hemos venido, porque lo presentíamos... ¿Ha recibido usted una carta?...

—Efectivamente, señora condesa.

—Creo haberle advertido en una ocasión que el desgraciado padre de Margarita estaba loco...

—Señora, bien lo recuerdo en este instante. Eso desgarra mi corazón sin que apague mi cariño.. Pero, sírvase leer esta carta... es un vaticinio terrible...

—Ve usted como no nos engañábamos.

había perdido sus facultades mentales con la muerte de su esposa.

Y cuando hablé con la condesa ésta tuvo á bien decirme:

—Caballero, le doy á usted mi palabra de honor de que se trata de una señorita. Si usted piensa con altura de propósitos, vuelva á casa cuando lo crea conveniente.

La franqueza vaga de estas palabras no me convenció: pero el viejo Mepris á quien tuve la candidez de confiar este asunto, logró hacerme tomar la determinación que he tomado: casarme con Margarita.

Y aquí estoy resuelto á ir al hotel de la condesa á solicitar la mano de su pupila y fijar el día del enlace.

(Se mira por última vez al espejo y se dispone á salir. Entra un mozo y le pasa una carta).

—¿Una carta para mí? ¡Es extraño!

(Lee).

"Mi querido Frondel: Hace usted mal en pretender á mi hija. Si usted me hubiese confesado sinceramente que se trataba de esa muchacha, le habría aconsejado continuar en la esclavitud del ejército. Las mujeres de hoy no son como las de antaño. A las que no se pierden, se las lleva la muerte ó los tunantes. Las que no nos engañan, se dejan engañar. Margarita es como todas. Si es buena se la llevará usted, pero la muerte le dejaría

fruto de la libertad de pensar, me pregunto: ¿quién es ella? y sólo se me ocurre definirla como la única mujer que he amado en mi vida. ¿Cuáles son las cualidades buenas de "esa muchacha" que despertaron y sostienen mi cariño? ¿Qué atributos pueden hacerla desmerecer ante mis ojos? ¿De dónde viene? ¿Quiénes son sus padres? He aquí el problema más difícil de los que tengo que resolver en estos pocos días que me restan de libertad... Yo, que acabo de escapar de la esclavitud del ejército para caer en la de una mujer.

Conocí á Margarita en el hotel de la condesa de Saint Auvert. Asistía yo como ayudante del general Mercier. Los generales de nuestros días necesitan ayudantes hasta para el cotillón, me decía hace poco el viejo Mepris. La encontré después en Saint Cloud. Nos vimos más tarde varias veces. La perseguí en el Bois, en Longchamps y... resultó lo de siempre: el compromiso. Si ella no tuviese fortuna, la tengo yo, y puesto que ambos la tenemos, muchísimo mejor.

Lo que todavía me tiene con inquietud es que el día en que tuve que formalizar el compromiso, al preguntar por los padres de Margarita, se me respondió que debía entenderme con la condesa de Saint Auvert. La madre de mi niña había muerto, y su padre

Y lo dicho fué el preludio de lo hecho. Una resolución militar.

Mi carrera en el ejército ha terminado. Pero siento que algo me hace falta.

(Se observa al espejo).

Estos arreos de civil me parecen demasiado livianos. El bastón no me reemplaza á la espada. Cuando cruzo el boulevard silencioso, el trin trin de los espolines ya no hace pendant á mis pensamientos.

Con todo, estoy satisfecho. "Esa muchacha", como dice Mepris, el viejo de la taberna, ha sentido una gran emoción al verme en este traje.

—Yo no quiero que vaya usted á la guerra.

—Pero á qué guerra, si vivimos en paz con todos, si en Algeciras paramos el golpe del Aguila Imperial...

—Yo no quiero que vuelva usted á la guarnición.

—Ah, eso sí, Margarita.

Los arreos militares ofuscan á las mujeres. Margarita no es como todas. Sabe que esa indumentaria galoneada cubre muchos vicios y muchas bajezas. Sobre todo, asesina en el hombre el rasgo más hermoso de su personalidad: la libertad de ser libre. El militar es un esclavo, aunque lo sea de la Patria, dama de todos sus pensamientos.

Oh, mi Margarita... Pero ahora que dis-

la existencia de un hombre? No sé por qué se me viene á la memoria el recuerdo de Marceau. El maldito viejo de la taberna Froment tiene la culpa. Qué iba á ser yo como ese bravísimo militar de las viejas campañas, que á los veintitres años había ya disfrutado de las más grandes concesiones de la gloria. Pero el viejo de la taberna me ha sugestionado y... he ahí la consecuencia: mi dimisión indeclinable estará en estos instantes sobre el escritorio del jefe de mi Regimiento.

¿Cómo ha podido cogerme con sus discursos ese endemoniado Juan Mepris? Al principio me pareció cansado y hasta repulsivo. Su aspecto de idiota no es para menos.

—Esa muchacha—me ha dicho—lo hará á usted feliz, mi querido Frondel. No espere usted la guerra. Si viene el conflicto, no habrá quien lo salve, no habrá quien coloque en sus manos una rosa encarnada, como la vendeana heroica de la leyenda de Marceau. Nuestros tiempos no son aquellos. Los hombres de hoy no son como los de aquella época. Las mujeres de entonces no eran como las de ahora...

Y yo respondí sin vacilar:

—Tiene usted razón, mi querido Mepris, abandonaré las filas del ejército y me iré con Margarita al rincón más ignorado de la América ó del Africa.



¡Muy malo!

Vaticinio

Tema

(Augusto penetrando á su escritorio después de una entrevista con su novia. Se mira al espejo y observa el traje civil que lleva con embarazosa elegancia).

Mi carrera ha terminado.

Junto con una excusa falsa, he enviado la renuncia al jefe de mi Regimiento de guarnición en una plaza de la frontera.

Cómo van á envidiarme los camaradas cuando descubran la verdadera causa de mi retiro del ejército. Yo no servía para militar. ¿Acaso no es una recomendación para un hombre reconocerce á sí mismo?

(Recuerda á su héroe favorito).

¿Acaso el ilustre general Marceau, ese arrogante jefe de veintitres años, no habría sido menos infortunado, si escrutando los secretos del destino, hubiese logrado vislumbrar, remotamente siquiera, uno de esos inevitables designios providenciales que rodean

aquel pobre loco y, recordando mi promesa de irlo á ver, me dirigí á su domicilio.

Llegado que hube salió á recibirme una mujer de rostro pálido, macerado por las vigilias. Una chiquitina, aferrada á sus vestidos, me miró tímidamente.

—¿Me podría anunciar—le dije, pasándole mi tarjeta—ante el señor Emmanuele Rizetti?

—¿Emmanuele? ¿mi marido? ¡ai! señor, Emmanuele murió hace quince días.

—¿Murió? ¡Cuánto lo siento, señora! ¿Y cómo fué? ¿Consecuencias de la enfermedad?

—Sí, señor. En el último tiempo se puso intratable, tenía á veces accesos de furia. Me hizo sufrir mucho. Dios ha tenido compasión de él y de mí. Yo no sé qué cosas bebía. La noche antes de morir gritaba y decía, sin parar un momento: "ya dí... ya dí... la vida eterna!" y al día siguiente amaneció muerto.

—¡Qué triste, señora! Y dígame ¿en qué se ocupó en sus últimos días?

—Yo no sé, señor. Sólo puedo decirle que le había dado por escupir, por escupir en un recipiente de vidrio que me hacía lavar constantemente con una cantidad de aguas. ¡Ay! señor, á Emmanuele le dió por escupir, por escupir sin descanso... hasta escupió la vida!

***

—Pero busque, usted, por ejemplo, señor Rizetti, el medio de evitar las maulas en las elecciones y las crisis ministeriales. Acaso existan antídotos científicos...

El señor Rizetti rió alegremente de mi indicación y me dijo:

—Me río de su ocurrencia. En Chile son ciegos y sordos sus compatriotas. Yo he indicado lo que usted me pide, he publicado artículos en "El Ferrocarril", dando á conocer el remedio de esos males que usted indica, remedio que no han querido tomar en cuenta nuestros legisladores.

—No lo sabía, señor Rizetti, leo tan poco algunos diarios. ¿Podría indicarme ese remedio?

—Como no, señor. Oiga usted: Sostengo y proclamo que el único medio de evitar los "tuttis" electorales y las crisis, sería la proclamación de un Emperador. Yo me sacrificaría abnegadamente en el puesto...

El señor Rizetti dijo esto muy seriamente. Yo me sonreí. Hay, por cierto, legisladores y políticos menos ocurrentes que mi visitante y algunos más locos todavía.

Satisfecho, con la cara llena de risa, el señor Rizetti puso el rollo de papeles bajo el brazo, tomó su sombrero, y se marchó sin despedirse.

*

Un mes después, recordando la visita de

observatorio de experiencias celestes y el sinnúmero de aparatos que he ideado para demostrar prácticamente mis descubrimientos. Con estos planos y estos gráficos no podrá convencerse usted definitivamente. Vaya á mi casa. Se lo ruego. Espero que, cuando usted me honre con su visita, yo podré proporcionarle el primer frasquito de sérum contra la muerte.

—Mil gracias, señor Rizetti, mil gracias y cuente usted con la publicación de sus grandes problemas resueltos, como asímismo el secreto para los que aún tiene en estudio.

—Mil gracias, señor.

Mi visitante doblaba tranquilamente sus papeles. Yo le observaba en silencio, sin la menor intención de molestarle, dudando de su palabra. El señor Rizetti se iría convencido de mi admiración y de mi credulidad. Para distraerlo en el arreglo de sus papeles, se me ocurrió una pregunta cualquiera.

—Ojalá, señor,—le dije,—que en medio de su actividad prodigiosa tenga presente que le es dado á nuestra patria esperar de usted beneficios inmensos en bien de su progreso y del desenvolvimiento de todos los ramos de la actividad nacional...

—Estoy y he estado siempre pronto á servirla y he indicado muchos medios para corregir otros tantos males. Aquí nadie oye, ni cree, ni experimenta. ¿Qué quiere usted que haga?

resultado de mi portentosa teoría. Yo demostraré, por medio de un gigantesco globo de vidrio, que se producen átomos, partículas, moléculas, gérmenes de la nada. Sí, señor, construiré un gran globo de vidrio, de proporciones colosales. Extraeré el aire para que se produzca el vacío. Dejaremos en observación el globo por el espacio de cinco mil años. Después de este tiempo, corto en proporción á la vida eterna que viviremos con mi sérum anti-mortífero, veremos cómo se habrán condensado partículas que, sucesivamente, se convertirán en tierra, substancia, etc., hasta llegar á ser células, gérmenes, orígenes de todo lo creado.

—¿De manera, señor Rizetti, que para ese entonces se producirán seres como nosotros, artificialmente?

—Ah, señor, contenga su curiosidad! Le he hablado de cosas que debí reservar. Ustedes, los periodistas, son tan indiscretos. Con la lista de mis actuales descubrimientos me parece que es suficiente...

—Suficiente, señor. Con ella ha conquistado usted el primer puesto entre los sabios universales.

—Todo en bien de la humanidad. Ahora, mi distinguido señor, le invito, para cuando tenga tiempo, á que vaya á mi casa, Claras 21. Deseo desvanecer todas sus dudas mostrándole mi gabinete, mi laboratorio, mi

muerte, el sérum anti-mortífero, para que el problema se considere resuelto.

—Pero eso, señor Rizetti, traspasa los límites de todo lo maravilloso.

—Ciertamente, mi señor, y por eso le ruego que no haga alusión en su diario á este descubrimiento hasta que lo haya resuelto. Por otra parte, los problemas que aún han escapado á mis estudios son los más sencillos y, así como he descubierto el origen del Universo con toda facilidad, descubriré también los demas problemas que someta á mis experiencias.

—El origen de... ¡Cómo! ¿Usted ha descubierto el origen del Universo?

—Sí, señor, y también la manera de destruirlo en un momento dado. ¡Oh! la rizettina... Un explosivo formidable...

—Pero usted me abisma!

—Sí, señor. He descubierto el origen del mundo. Y ¿sabe cuál es ese origen?

—Por supuesto que no.

—La condensación de la nada!

—Señor Rizetti, si de la nada, nada se hace!

—Fórmula absurda! Yo probaré á usted que da "la nada" ha surgido el Universo, después que descubra el "sérum anti-mortífero." Necesito por lo menos cinco mil años para probar el origen de lo creado. Con el auxilio del sérum anti-mortífero, usted y yo y el mundo entero, podremos comprobar el

polos al alcance de la mano. Lo que hay en el interior del globo terráqueo.—Descubrimientos matemáticos: La cuadratura del círculo. La trisección del ángulo. El movimiento perpetuo.—Descubrimientos interoceánicos é interatmosféricos: Los globos dirigibles. Los buques submarinos. Ferrocarriles volantes.—Descubrimientos químicos y físicos: La Rizettina (explosivo formidable): Condensación y coloración de la luz. Alimentos volátiles. Partículas generadoras.''

—Verdad, mi señor, que estos descubrimientos abismarán al mundo entero?

—Ya lo creo, señor Rizetti. Usted ha agotado los secretos; usted merece la admiración del Universo. El día de su muerte las ciencias vestirán de luto. Será una pérdida tremenda para el progreso humano...

—¡Morir! ¿morir yo? Nó, mi señor. Yo no moriré. Ni usted, ni nadie. Júreme no decir nada hasta que yo no lo autorice, y le revelo un secreto.

—Soy hombre discreto, señor Rizetti.

—Oiga usted; casi, casi tengo resuelto el secreto de evitar la muerte, el problema de la vida eterna! Sí, señor, á este problema me dedico en la actualidad. He descubierto ya el bacillus que produce la muerte, el ''bacillus morti''. Y lo he descubierto ¿sabe usted dónde? ¡En la saliva! Pero es necesario que yo descubra también el sérum contra la

estudio actualmente. Quiero que Vd. conozca, por el momento, los que he resuelto en definitiva.

—Podría enumerármelos para tomar nota de ellos.

—Es claro, mi señor, á eso obedece mi visita. Voy á darle una lista de mis descubrimientos. Aquí los tiene.

De uno de los bolsillos sacó un cuaderno cuidadosamente doblado, en cuya portada se leía:

"Los grandes problemas resueltos. Comunicaciones directas con los secretos científicos.—Maravillosos resultados obtenidos por Emmanuele Rizetti, científico-humanista. Claras 21."

—Aquí en este cuaderno, me dijo al pasármelo, (que publicaré tan luego como reciba las felicitaciones de los sabios, una vez que se impongan por su reportaje de mis grandes problemas) aquí en este cuaderno, que pronto será un libro universal, explico y desarrollo todos mis descubrimientos. Lea usted el índice y no se admire. Todo eso está resuelto. Y con qué facilidad. Impóngase usted del índice.

Leí: "Índice contingente.—La voz interior (prólogo):—Iniciación en la sabiduría.—Fiat lux.—Descubrimientos interestelares: La comunicación directa con los astros y con las estrellas. Sus habitantes. Locomoción interplanetaria.—Descubrimientos terrenales. Los

—Pero pruébemelo usted numéricamente.

—A eso voy. Con este aparato de mi invención y que yo he denominado "generador cuadrangular" convenceré á usted definitivamente. Apliquémoslo sobre el dibujo y tomemos las dimensiones....

—Perfectamente, señor Rizetti, yo no puedo dudar de su palabra, y tenga usted presente que yo me acuerdo tanto de matemáticas como de latín. Creo en la verdad de su portentoso descubrimiento.

Ya no me cabía duda; el señor Rizetti era un loco de remate. Su explicación sobre la cuadratura era un infierno de palabras que concluyó por acalorarme la cabeza y bien convencido estaba de que ella no conducía á ningún resultado científico.

Bajo el peso de esta convicción y de la de que el señor Rizetti entraría en explicaciones sobre cada uno de los grandes problemas que creía haber resuelto, para librarme de ellas y de él, me propuse evitarlas sin herir su susceptibilidad.

—¿De manera,—le dije,—que las ciencias evolucionarán é incorporarán á sus adelantos sus grandes descubrimientos?

—Todas las ciencias positivas, mi señor; porque considero tiempo perdido entregarse á resolver axiomas, principios, etc. sobre las ciencias especulativas. Además, no se admire usted, estas ciencias dejarán de existir el día en que yo resuelva otros problemas que

y humanos que aún no han sido resueltos por la ciencia?

—Precisamente, yo no sé á qué orden de problemas usted se refiere.

—He generalizado, mi señor. Todos, casi todos han sido resueltos por mí.

—Pero supongo que usted no se referirá á la cuadratura del círculo, por ejemplo.

—Oh, señor mío, vuelvo á repetirle que á todos. Todo, casi todo ha sido resuelto por mí. Sorprenderé al mundo con mis descubrimientos. ¿La cuadratura del círculo? ¡Vea usted la cuadratura del círculo resuelta!

De entre todos los papeles tomó uno, lo acercó á mis ojos y con tono solemne me explicó el problema de la cuadratura.

—Vea usted, lo he resuelto con toda facilidad. Este dibujo representa la resolución. Me explicaré. Traza usted un círculo. En seguida traza usted doscientos radios. Uno de ellos, prolongado, debe considerarse como el único diámetro. En seguida, por los extremos de una tangente paralela á este diámetro, levanta usted dos perpendiculares del largo de la tangente. Esta tangente deberá ser equidistante del diámetro y á una distancia igual á la tercera parte más un quinto de esta medida. Une usted los extremos de las perpendiculares y tiene usted un cuadrado. La superficie de este cuadrado es igual á la del círculo.

explicaciones gráficas de los problemas que he resuelto y sobre los cuales puede usted dirigirme las preguntas que quiera. Soy de usted, mi señor, por el tiempo que sea necesario para imponerlo de todo.

Hizo un gesto de satisfacción, se frotó las manos y se puso al frente del escritorio, como el alumno que va á someterse á las preguntas del examinador.

El fárrago de sus palabras me había inducido á creer que tenía delante á un loco; pero aquellos papeles, aquellos planos, aquella diversidad de dibujos sobre distintas materias, me inclinaban á creer que era uno de esos tantos alucinados que persiguen á los periodistas para conseguir la publicidad de las resoluciones que creen haber encontrado, sobre tal ó cuan problema sometido á la deliberación de los hombres de ciencia; alucinados que en seguida acuden al Gobierno en solicitud de un rimbombante privilegio exclusivo.

A pesar de todo, el "científico-humanista" interesó vivamente mi atención y me resolví á obedecer sus insinuaciones.

— Perfectamente, señor Rizetti, disponga usted del tiempo que quiera. Pero estoy á obscuras sobre las preguntas que debo dirigirle. Usted me indicará...

—¡Cómo! mi señor,—me interrumpió—¿usted ignora los grandes problemas científicos

con sus ojos saltones, un tanto salidos de las órbitas, que estaba agradecido de mi recibimiento, desdobló sobre el escritorio el gran rollo de papeles y continuó diciendo:

—Aquí tiene usted en el papel, en representaciones gráficas, meramente explicativas, los resultados de mis grandes descubrimientos.

Luego, con toda zalamería, me interrogó, cambiando bruscamente la hilación de su discurso:

—¿Es usted periodista, verdad? mi señor.

—Efectivamente, señor Rizetti.

—Ahora bien, aunando nuestros esfuerzos sorprenderemos al mundo con el anuncio de mis descubrimientos. Me pongo á su entera disposición. Desempeñe usted, mi señor, su profesión de periodista. Me someto á un interview para darle á conocer los prodigiosos resultados científicos y humanos que he podido conseguir en quince años de gabinete y de laboratorio.

Mientras discurría de esta manera, iba desdoblando y extendiendo sobre el escritorio un sinúmero de planos, fotografías, representaciones en cartón de figuras esféricas, piramidales, grabados de esqueletos, de globos aerostáticos, de submarinos; una infinidad de originalidades que llamaron incrédulamente mi atención.

—Como usted ve,—me dijo,—estas son las

La vida eterna

Mi extraño visitante ocupó el asiento que le ofrecí, después de haber colocado sobre mi escritorio un gran rollo de papeles.

—Usted perdonará—me dijo, antes de preguntarle yo por el objeto de su visita.—Usted perdonará que me presente de esta manera tan original. Como usted verá, he sido también original en todos mis descubrimientos....

—¿Descubrimientos?

—Sí, señor, descubrimientos. Aquí tiene usted mi tarjeta.

Tomé la tarjeta con cierta curiosidad y leí:

EMMANUELE RIZETTI

Científico-humanista

Claras 21

—Perfectamente, le dije. ¿Y yo puedo serle útil en algo?

—En mucho, mi señor. Pero, ante todo, voy á imponerlo de mis profundos estudios.

Nervioso, lleno de júbilo, demostrándome

Veinte días más tarde llegó el primer telegrama del triunfo de la revolución. Se le dió lectura en el tabladillo de la plaza en medio del general regocijo:—"Hemos triunfado en Concón y en la Placilla—decía—muertos, los Generales Tal y Cual, del Gobierno. De los nuestros, muchos heridos. Entre los muertos, Echegoyen, Reinoso y otros"...

—Ah—exclamó alguien—yo lo decía... el teniente Miranda, el de la espada bruja.

—¿Miranda?... ¿cómo?... Juanito Reinoso—preguntó un anciano.

—Sí, muerto Reinoso.

—Viva el héroe del pueblo—prorrumpió la muchedumbre enloquecida por el triunfo, mientras el anciano, vacilante, se encaminó al hogar del héroe, repitiendo entre sollozos al recordar á la madre desgraciada, que no pudo evitar el sacrificio:

—Y ahora qué irá á ser de ella... ¡pobrecita!

Y cuando se confirmaron y ampliaron las noticias de aquella carnicería horrenda entre hermanos, se supo también que no pudo ser encontrado en el campo de batalla el cadáver de Reinoso.

Muchos deducen que la influencia de aquella espada maléfica persigue aún al segundo teniente Miranda en el camino hacia la eternidad.

Con ella iré al sur si vuestro comandante me da un puesto en las filas.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamaron los contertulios—una copa por el nuevo camarada.

Después de un instante de alborozo, dijo otro:

—Pero, ¿no teme usted que le suceda algo trágico por culpa de esa espada?

—Yo no creo ahora en esas supersticiones, como cuando era niño—exclamó Reinoso.—La espada de Miranda es como cualquiera otra. Eso sí, vedla, su vaina de cuero y su empuñadura enmohecida me hablan de heroicidades y de fugas de valientes fallecidos... Ninguno de ustedes, estoy seguro, lleva una de mejor acero toledano.

—Bueno, allá lo veremos. Pero convenid con nosotros, desde luego, que en adelante serás nuestro "teniente Miranda", como el otro del 51...

—No como el otro, yo no huiré jamás en una batalla. Llamadme por sobrenombre "Teniente Miranda", pero no cobarde...

—Convenido—respondieron todos—¡viva Miranda!

— —

Cuando las tropas de la revolución salieron del pueblo para marchar hacia el sur, la gente se quedó pensando en el pobre Juan Reinoso, á quien ni su madre ni sus hermanas lograron convencer de que la espada del Miranda verdadero sería su perdición.

Hubo necesidad de llamar al mozo para complacer al distinguido personaje.

Pero, nuevamente, media hora más tarde, que debió ser de angustia para el caballero, decía éste con voz temblorosa:

—¡María Santísima!... Créame usted, vecino y amigo... Debe ser cosa del viento... ó qué se yo de qué... pero oigo un ruido muy raro, aquí adentro... ¿Se habrán abierto la ventana y la claraboya? porque la espada brilla y se mueve... ¿Será una jugada del "mayorcito" que me contó una lesura?... Sin embargo, no puedo dominar los nervios.

Y aunque no insinuó francamente su deseo, se le trasladó de esa habitación á la mía, y aceptó gustoso tenerme por compañero de pieza, para no ocasionar mayores molestias, mientras mi padre metía detrás de una caja la espada de Miranda.

—Y...—dijo uno de los asistentes á la sobremesa—ahí termina ese cuento de chiquillos?

—Ahí termina—respondió Juan Reinoso.

—Pero ¿qué fué de la espada y del personaje?

—Sé que el personaje perdió la batalla electoral y que la espada siguió detrás de la caja, hasta el día en que ustedes llegaron. Me acordé de ella, la exhumé... y hela aquí.

casa un distinguido personaje que iba en jira política, cuando aún había robo de calificaciones y se hacían las elecciones á sangre y fuego con la intervención vergonzosa del Gobierno.

No habiendo otra pieza disponible, le fué dispuesta la en que estaba la espada de Miranda. Y me dicen que yo me apresuré á contar al distinguido alojado la historia de la endemoniada hoja de acero toledano. No tomó en serio mi relato, de manera que despreocupadamente, se recogió á la habitación que se le había designado.

Pero al poco rato, y estando aún en vela, oí yo que le decía á mi padre, vecino de pieza:

—¡Caramba! parece que entra mucho viento por la ventana, pues la espada que hay aquí se mueve como un péndulo.

—Han dejado el postigo abierto—respondió mi padre—qué descuido.

—Así es, pero voy á cerrarlo.

El huésped saltó del lecho y entornó los postigos.

Después apagó la luz; más, inmediatamente oí que decía de nuevo:

—¡Córcholis! señor. Me parece que la espada brilla á la luz de la luna... Me daña la vista. ¿Sería posible cerrar la claraboya por donde entra la luz?

Y he aquí cómo la última voluntad de un vivo que estuvo en peligro de muerte violenta, empezó á realizarse después de su muerte natural.

Una noche, según me cuentan, jugaba yo á las "escondidas" con otros chicuelos de mi edad. De improviso corrí á esconderme en la pieza del difunto. Penetré á ella á obscuras y ví... yo no sé lo que ví, porque instantáneamente caí tieso, y de esto tampoco conservo memoria. Pero los que me recogieron, me han contado después que vieron brillar la espada suspendida al muro.

La noticia cundió por el pueblo entre los timoratos, con tal rapidez, que desde el día siguiente, muchísimas personas acudieron á casa á ver la espada de Miranda y á interrogarme al respecto, como á los demás testigos oculares del hecho, mientras me curaban los nervios con agua de toronjil.

Era verdad, la hoja de acero oscilaba de día y en la noche brillaba, en tanto que un murmullo sordo parecía brotar de los muros. Esto oían y veían todos los novedosos; y yo seguí creyendo en la cosa, poseído de tal temor, que cuando le hacía alguna grande á mi padre, gritaba éste seguro del efecto:

—Que lo encierren en el cuarto de la espada.

En ese mismo tiempo llegó á nuestra

batallas de Los Loros y Cerro Grande. Esa espada siniestra brillaba en la noche, y en el día oscilaba pausadamente como si una mano oculta la moviera. Parecía destinada á resolver el movimiento perpetuo. A su alrededor se oían ruidos sordos, profundos, como los de una lejana procesión nocturna.

Miranda fué un deschavetado de treinta años; un lugar teniente que don Pedro León Gallo exhumó de la vida ordinaria para convertirlo en un héroe anónimo.

Miranda no cambió su traje civil al ingresar en las filas del caudillo copiapino, sino que se colocó al cinto una espada y pidió que se le designase su puesto, con una sola condición: si moría, la espada debía ser devuelta á su primitivo dueño, porque, en caso contrario, esa arma iba á convertirse en un maleficio para quien la ocultase, caso de ser recogida en el campo de batalla ó en cualquiera otra parte.

Las pellejerías porque pasó el pobre Miranda, no son para contadas. En fin, que fué uno de los primeros en huir hacia el norte después de la derrota; pero llegó á nuestra casa contando hazañas y valentías increíbles. Desgraciada ó afortunadamente Miranda murió poco después de su llegada, de un ataque de apoplegía, sin que á nadie se le hubiese ocurrido jamás preguntarle de donde había sacado esa espada.

La espada de Miranda

—Verdad que hay cuentos que parecen hechos, y hechos que parecen cuentos,—decía uno de los cucalones, Juan Reinoso, durante una animada sobremesa, en presencia de varios oficiales, allá por los días aciagos de la última guerra civil.—Voy á referirles—agregó—una de esas tonterías que se ponen en duda.

Tenía yo cinco años, según me lo aseguran los conocidos que en ese entonces andaban en los veinte, y hoy han cumplido cuarenta. Todos recuerdan que, para echarme á la cama, bastaba solamente que mis padres ó una tía regañona á quien daba muchísimo que hacer, me llevaran á la habitación del que fué un improvisado oficial de la revolución del 51, pariente mío, domiciliado en casa hasta un poco antes de esa campaña memorable.

Colgada al muro de la pieza había permanecido la espada enmohecida que usó el teniente Miranda—así se apellidaba—en las

pio de una felicidad que nunca más ha sido interrumpida.

—Pero ¿qué tienes en las manos?—preguntó Juan.

—Mira,—y le pasó por los ojos los mismos zapatincitos rosados que en otras ocasiones él la había visto observar llena de júbilo y de esperanzas.

—Oh, Emma, cómo te adelantas. Qué loca eres.

—Sí, sí, quiero arreglarlo todo yo, todo... Voy á completar lo que me falta. ¿Ves esto? Te gusta. Mira esto otro... ¿Te gusta esta batita?

Emma jugada de nuevo como una chiquitina á las muñecas, revolviendo el ajuar que hacía tanto tiempo ocultaba preparado para un recién nacido.

—Te gusta... Te gusta. Ahora sí. Pero, dime ¿cómo encuentras esto, todo, el conjunto? ¿Cómo lo llamas tú que eres poeta?....

—¿La canastilla?

—Ah, sí, la canastilla. Ahora si que la necesito... Ahora si que te quiero...

—¿Sí? doctor—dijo Emma, levemente sonrojada.

—Verdad, señora. Con que ya saben ustedes—agregó el facultativo, despidiéndose de Emma y recomendándole el tratamiento.

En la puerto de calle tuteó á Juan y golpeándole el hombro le dijo:

—Al fin, al fin. Pero cuida á tu esposa, que se me figura un ángel.

—Soy feliz, seré completamente feliz—respondió Juan contestando la despedida del facultativo.

Cuando volvió á la pieza encontró á Emma de pie, con los ojos llenos de lágrimas y como ocultando algo en las manos cruzadas por la espalda.

—Emma querida, no te agites, por Dios, qué estás haciendo.

Y se acercó todavía más.

De pie, junto á ella, mirándola con todas las ternuras de su alma, pensaba estrecharla entre sus brazos como há tanto tiempo no lo hacía. Ella sonreía y lo miraba con extraña emoción.

—¿Me quieres?—preguntó la esposa.

—Siempre te he querido. Pero esto faltaba para volvernos la felicidad. Perdóname y perdono que me hayas vigilado.

—Oh, sí, perdonémonos.

Se dieron un beso, un beso ardiente y prolongado, sello de la reconciliación y princi-

Repentinamente Juan abrió la puerta que daba á su escritorio y que acostumbraba á mantener con llave, y de un salto llegó al lado de su esposa.

—Emma, Emma—le dijo,—qué sientes, mírame. Estoy aquí.

Emma abrió los ojos y lo miró fijamente, notando que la mirada de su esposo no era ahora ni dura ni despreciativa.

—El doctor, me muero—exclamó la esposa, y volvió á permanecer insensible.

Juan salió como un rayo y á los pocos minutos volvió con un médico.

Emma estaba casi repuesta y sonreía, sonreía con una dulzura angelical, pregonera de muchos sueños y esperanzas por realizarse.

El doctor la miró y observó sus profundas ojeras y la palidez mate de su rostro.

—Quiere usted dejarnos—dijo á Juan el facultativo,—para interrogar á la señora....

—No, no te vayas Juan, qué tiene su presencia de particular, pregunte usted.

Entonces el doctor tomando el pulso á la paciente le hizo una serie de preguntas. Emma se sonrojaba muchas veces y bajaba la vista. Juan la miraba con dulzura.

—Perfectamente—exclamó el médico,—son causas de lo mismo. Tendrá usted que pasar por todo eso, pero su felicidad es cierta, señora.

—Hasta cierto punto, sí, pero si esto se hiciera público, habría tema para que la malevolencia se ensañara en ustedes...

—Sólo usted lo sabe.

—Espere, vuelvo á repetirle, y ojalá todo resulte como usted lo presiente.

Transcurrieron quince días y las relaciones entre Emma y Juan continuaron completamente interrumpidas. Ella pasaba por su lado sin mirarlo; él salía para no volver hasta la tarde, pero Juan ya no se sepultaba en su escritorio ni se le veía en ninguna parte. Emma sospechó que era vigilada y la supuesta actitud de su marido la hirió en lo más profundo del corazón. El llanto del arrepentimiento le inundaba los ojos. Por qué por una causa tan insignificante colocaba á Juan en situación de que pusiera en duda hasta su fidelidad. Este era el castigo más tremendo que él talvez sin quererlo le imponía, á ella que se consideraba bastante noble y bastante digna para hacer respetar su nombre y el de su marido.

Su situación no podía continuar así. Por otra parte ella creía... ella presentía no se qué, á veces se sentía tan mal que sufría intensas y dolorosas fatigas.

Pocos días después, Emma se sintió seriamente enferma. Estaba sola en su pieza. Temió morirse de un fuerte y prolongado desvanecimiento. Dió un grito y cayó sin sentido sobre el lecho.

un capricho, un estado muy natural. No se incomode usted. Dice que hace cuántos meses?....

—Precisamente dos meses desde que no me habla Si hubiera visto usted, señor, con qué alegría, con qué satisfacción el día antes la encontré arreglando las menudencias de la canastilla. Si era una chicuela que jugaba á las muñecas, preparándose para un trance de mujer antes de tiempo. Me recibió llena de júbilo. Me mostró unos zapanticitos de lana rosada--un primor,--y una capita blanca, en fin, todo lo que tenía reunido. Señor, ya usted sabe, por qué esa misma noche, desesperada, llorando como un niño, diciéndome que no la quería y que la engañaba, me hizo tantos reproches, su enojo fué tan marcado que hasta hoy no me atrevo á mirarla, ni siquiera á caer de rodillas á su lado, para pedirle perdón si la he ofendido...

—Aguarde usted, sea prudente.

—Ah, señor, el corazón me avisa que ella va á ser feliz, que lo que ella desea y la ha puesto intransigente, es obra de una casualidad. Por otra parte, pido á usted perdón; dada la causa de nuestra discordia, he abusado de la fe que tengo en ella, he desatendido mis negocios, he vigilado sus pasos y he velado sus sueños. ¿Justifica usted mi modo de portarme en semejante situación?

tremenda de tener un marido que pertenecía á otras, como á ella, irritaba su orgullo y volvía su carácter al molde de sus intransigencias de soltera. Ella nada dijo al principio, después esperó con impaciencia, más tarde se convenció de una verdad que ella había formado y por último, privó á su marido de todos los instantes en que podían estar juntos.

Juan se dió cuenta de su situación, espantado. ¿Cuál era la verdad de todo eso, por qué el resurgimiento de la intransigencia de Emma; en qué podía influir para apagar el cariño de su esposa, esa falta que le echaba en cara y que sin tener los caracteres de una falta podía obedecer á causas tan diversas á las que ella suponía? ¿Por qué si era una de sus aspiraciones, tan luego dudaba de todo y condenaba al esposo, sin mediar explicación de ninguna especie?

La causa de la discordia no podía decirse á nadie, era una cosa para la risa. Era ridícula. Era increíble...

El señor Zuleta oyó la defensa de ambos, y dirigiéndose á Emma le dijo:

—Si has hecho hincapié en una cosa tan nimia y tan natural, no debieras haberte casado. ¿Insistes en hacer la infelicidad de tu marido?

Y para Juan tuvo las siguientes palabras:

—Aguarde usted que pase eso. Es también

Así fué que cuando todos presentían la llegada próxima ó lejana del galardón de sus amores, cuando se les veía felices y risueños, cuando él parecía adormirse en la contemplación de su joven y linda esposa, cuando ella había dicho que para completar su felicidad sólo esperaba un hijo, de la noche á la mañana, se supo, como cosa inusitada é increíble, que había surgido el primer conflicto entre los esposos. Se supo que vivían casi aislado y que desaparecía de improviso el bienestar que tan dulcemente reinaba entre ambos.

Y ¿cómo había sido?

Juan lo negaba; pero ya no invitaba á amigos á su casa. Emma oía las preguntas insinuantes con nerviosas manifestaciones de impaciencia y de sorpresa y se la veía más continuamente en casa de sus padres que en la propia.

Por fin, ambos poniendo de árbitro al señor Zuleta, padre de Emma, le dieron á conocer el motivo de la secreta discordia, atribuyéndole cada uno diferente importancia.

Emma consideraba la falta de su marido como consecuencia de su vida de soltero, resabios de sus devaneos y jolgorios, á los cuales no era raro que hubiera vuelto de nuevo reservando para su hogar los despojos de todas las satisfacciones alcanzadas. Cierto que para con ella era cariñoso, pero la duda

tido; todavía otras, dudaron del amor que ambos decían profesarse he hicieron del compromiso un capricho, como otro cualquiera.

Emma respondía lo mismo á todas:

—Lo confieso, lo quiero, porque no es tonto, y creo que no es tonto, puesto que me ama. Sé lo que ha sido y lo que es. No me gustan los ingenuos sin experiencia, que después de casados se admiran de todo. Yo seré lo que él quiera que sea; por intermedio de nuestros hijos estableceremos el santo lazo del matrimonio.

Y Juan pensaba para sí: "Ella hará de mí lo que quiera dentro de las nobles libertades de una vida conyugal santa y tranquila".

No fué, pues, una sorpresa, ni una cosa forjada en contra de todo el enlace de Emma y Juan. Los que esperaban desgracias de ese matrimonio y los que le auguraron días felices, aguardaron, mientras llenaban de alabanzas á los desposados ó susurraban vaticinios á sus relaciones.

En medio del aturdimiento deleitoso de la felicidad realizada, de los sueños juveniles contenidos en cada minuto de los primeros días del matrimonio, los jóvenes esposos apuraron la dicha hasta que el impulso de la vida diaria los despertó á la realidad y al bienestar tranquilo del hogar recién formado.

bles sentimientos no veía causas poderosas y razonables para deshacer el noviazgo.

Prematuramente llegó á hablarse de la probable infelicidad que se cernía sobre los jóvenes enamorados. De aquí las dudas de que Emma no amaba á Juan; pero es lo cierto que tampoco había motivos para que ella se comprometiese con un hombre á quien no quería. Suponerle el antojo de unir su nombre al de un joven cuyo porvenir no sería más brillante que el de muchos de los que la cortejaban, era hacerle la ofensa de considerarla una ambiciosa sin talento que detenía la rueda de su suerte ante un joven que no le proporcionaría la satisfacción de todos sus caprichos.

Juan comprendía todo esto y muchas veces tuvo intenciones de poner fin al compromiso. Vislumbraba, como un último reflejo de su razón ofuscada por los destellos ardientes de su corazón, días muy amargos para después del matrimonio.

A pesar de todo, su situación fué haciéndose cada vez más clara y definida hasta que hubo de fijar el día del enlace.

Cuando se supo esto, las amiguitas de Emma, le manifestaron muy distintas impresiones. Una le dijo que ella merecía más; otra, que Juan no era un mal partido; una tercera le sopló al oído anécdotas un tanto maliciosas de la vida pasada de su prome-

poco se le tuvo por un joven capitalista, con cierto renombre de avaro, pero mozo de buen criterio.

Sucedió al fin lo que entre las relaciones comunes á los dos enamorados se susurraba: el matrimonio era ya cosa resuelta sotto voce. El compromiso privado era francamente sancionado por la aceptación casi unánime de las familias conocidas que lo sospechaban.

La sanción de los padres vino en seguida á hacer público el noviazgo y á permitirles todas esas dulces libertades que forman la época feliz y deliciosa de un solemne compromiso.

Sin embargo, Emma continuó siendo la misma. No era motivo el compromiso, según ella, para encerrar su vivacidad en los límites de una restricción exagerada. Tampoco creía necesario repetir á su prometido que lo quería intensamente. El comprendía eso, y eso le bastaba. Los diálogos y los éxtasis de amor tan comunes entre los novios, no rezaron para con ellos. Sólo una intimidad prudentemente observada los mostraba á todos como futuros esposos.

En esta situación Juan comprendió que era preciso realizar pronto el matrimonio ó resignarse á sufrir siempre las mismas incertidumbres y los mismos temores, puesto que su honradez de intenciones y sus no-

—¿Me acepta usted?—replicó Juan con honda ansiedad.

—Sí, talvez—dijo la joven, y parándose de su asiento voló como una avecilla, para ir á desafiar la galantería de los demás jóvenes que la pretendían.

Desde esa noche ambos vivieron acechándose hasta en los menores detalles. El la reñía por su vivacidad exagerada. Ella lo desesperaba con cualquiera actitud desdeñosa por algo que él había hecho y que no era una muestra de cariño. De estas riñas íntimas, deliciosas y benéficas, según Juan, resultó que llegó á quererla sin limitación, sin pensar en otra cosa más que en ella, adorando su hermosura y aplaudiendo hasta su intransigencia y sus desvíos. Sufría con placer, si se puede sufrir de esta manera, que ella después de una conversasión cualquiera le despidiese como se despide á un amigo, ó después de un disgusto, como si se tratase de una despedida sin vuelta. Pero él volvía, sin embargo, y su intranquilidad y sus temores se convertían en una nueva confianza en el cariño de Emma.

Juan pensó luego en formalizar su compromiso. Pensó en arreglar su vida mucho más, si era posible; se convirtió en un muchacha activo, trabajador y escatimando á los placeres más permitidos el dinero mal gastado, aumentó sus escasos fondos de reserva, y ha

certidumbre temerosa, y ambos creyeron sorprenderse: y de la fusión de esta mirada y de este presentimiento brotó la primera palabra de amor, de ese amor que creyeron repentinamente sentir desde hacía largo tiempo, pero jamás expresado con franqueza.

—Quién creyera—exclamó Juan rápidaménte—que á pesar de su modo de ser para conmigo, yo la amo con todo mi corazón.

Frase vulgar dicha con esa precipitación con que los enamorados plantean el problema cuando temen el fracaso.

—¿Y sabe usted—respondió Emma, riendo—lo que yo en realidad he sentido por usted?

—Oh, sí, mucho me temo que sea una indiferencia absoluta.

—¡Quien sabe!...

—Entonces ¿puedo esperar?...

—Talvez.

—Pero, ¿ha pensado usted en que puedo formularle un compromiso, seriamente?

—Tendría que oirlo...

—Y por qué lo duda, si en este mismo momento le juro á usted que sería dichoso con alcanzar su mano...

Emma bajó los ojos y se quedó pensando.

Los que observaron esa actitud comprendieron que Emma era vencida.

fumes de los campos. Se sintió capaz de ser honrado, sincero, bueno y digno de la mujer que removía sus pasiones. De altanera é implacable, se convirtió en tímido y respetuoso de todas las aspiraciones y de todas las virtudes.

Emma creyó al principio descubrir el pasado de su galante, y escapando á un lazo que no le tendía, centuplicó sus desdenes para con él y le señaló el último lugar entre sus adoradores.

Juan, apasionado y regenerado, tomó aquello como la cosa más natural del ingenio femenino, capaz casi siempre de jugar con el corazón de los hombres, para rendirlo en seguida al doble peso de un amor sin límites y de un orgullo sin medida.

Nunca le admitió ella una frase galante, por lo cual jamás pudo él obtener una declaración consoladora. Para los extraños, profetas que fundan sus augurios en las más engañosas apariencias, eran dos enamorados que se temían. Siendo Juan un mozo bueno, Emma debía comprenderle para ser menos implacable.

El compromiso fué algo muy vulgar é inesperado.

Una noche, después de cuatro meses durante los cuales no habían cambiado ni una frase familiar de mutua confianza, ambos se miraron por la primera vez con cierta in-

desdeñar las atenciones, pródiga en sonrisas, exhuberante en frases espirituales, volublemente implacable, como las avecillas que al detener el vuelo en una rama, gorjean y pían cuando se las va á aprisionar, pero que tienden las alas y se van cantando cuando se encuentran al alcance de la mano.

Juan era tímido y respetuoso, educado en la escuela de la experiencia personalmente sentida. De sus días de bohemio despreocupado y maldiciente, poeta por temperamento y sensible de corazón, había asimilado para su vida ulterior, un bagaje de desencantos y una profunda aversión por los refinamientos juveniles; conjunto de cualidades nuevas en él de cuya esencia vivificante rebrotaban, como recién nacidas, sus viejas esperanzas.

Irrespetuoso y burlón á los veinte años, había logrado dominar su carácter esencialmente variable y voluble, á los veinticinco. El hogar de su padre tuvo de nuevo para él las más sanas delicias de la vida del soltero, y la charla juvenil de una mujer encantadora y espiritual, las más tiernas impresiones para su corazón ávido de dulzuras y de nobles sentimientos.

Cuando conoció á Emma, fué aquello como el despertar de un sueño, como el aleteo de una banda de palomas que dejan el alero para aspirar el aire de la altura y los per-

correcto, sosegado y digno de su cariño, estaba firmemente resuelta á no cambiar con él ni una sola palabra, ni una sola mirada, porque le parecía que iba á repetirse la misma escena que trajo por consecuencia el desbarajuste en el hogar y el aislamiento entre los esposos.

Antes del año la discordia empezó su obra aún en medio de la felicidad con que iniciaron el matrimonio.

No era un motivo insignificante, según ella, el que encendió la primera chispa. El carácter bondadoso de Juan no hizo jamás presentir que fuera él la causa de la primera divergencia; en cambio, el carácter dominante de Emma indujo á creer desde el principio que ella sembraría en el camino de la dicha conyugal la semilla de la desgracia.

En el dulce tiempo del noviazgo, ambos prometidos pusieron de relieve sus cualidades, no tanto para conocerse entre ellos como para las personas que los observaban en la intimidad del trato familiar.

Emma, relativamente hermosa, educada, viva, apasionada de sí misma hasta la idiolatría, mimada por sus padres, atendida por los jóvenes y realzada por las señoras que pregonaban su hermosura, aún en su presencia, sin comprender el mal que le hacían,—se distinguió siempre por el deseo vanidoso de no

La canastilla

De la noche á la mañana se efectuó una transformación completa en aquel hogar recién formado.

Juan se puso sombrío y Emma volvió á sus intransigencias de soltera. Pasaban el uno al lado del otro, sin rozarse, sin mirarse, como dos enemigos condenados á la pena de vivir siempre juntos.

En la casita arreglada y cuidada con esmero durante los cuatro primeros meses del matrimonio, reinaba ahora un desorden insoportable. La mano de la joven esposa no se veía en ninguna parte. Todo estaba confiado á la solicitud de la sirviente, que tampoco se atrevía á poner orden en las habitaciones por no reñir con la señora.

Juan procuraba permanecer el menor tiempo posible en su casa. Almorzaba y comía á escape. Como siempre, llegaba temprano, pero permanecía largas horas encerrado en su escritorio. Emma expiaba la actitud de su marido, y á pesar de encontrarle

I er Diabo se fe ota ve a l'infierno polque el fego etaba fío é mucho niño malo epelaban a la pueta... Entonche... entonche....

—Qué hubo, Raulito, se te olvidó lo demás...

—...entonche...

—No ves, ya no te acuerdas. Díceselo tú, Jorjecito.

—No chero, te igo...

El chico hizo un supremo esfuerzo de memoria, casi avergonzado ante el peligro de no poder terminar el cuento, y como iluminado instantáneamente, agregó muy serio, y convencido de su superioridad:

—...entonche... too lo niño malo feron mu benos e... yo tamién''...

—Porque el Padre Dios me ha puesto aquí —le respondió el Lucero.

El Diablo entonces estiró sus garras de fuego y quiso apoderarse del Lucero, quien gritó al verse en peligro:

—Toma tu cruz, Diablo maldito.

El Demonio desapareció y se fué al infierno á echar más fuego en las calderas, porque eran muchos los niños malos que esperaban á la puerta y que Dios había corrido del cielo por ser desobedientes con la mamá".

—Bueno, tú, Raul, le vas á contar este cuento á tu mamacita antes de acostarte. A ver si lo has aprendido.

El chiquitín que había escuchado con la mayor atención, hizo un esfuerzo para repetir el cuento en su jerga, tal como su infantil entendimiento lo asimilaba.

—"Ete qéra e ducero der arba...

—El dulcero?... El lucero, niño...

—Yastá pué, éjeme... "Ete que era e ducero der arba que tene una lú ben bonita e billante, como lo oco e lo gato... Una noche er Taitita Dió ico ar ducero:—Tú, ducero, pol qué etai en er chielo.—Polque vo, Taitita Dió me hai ponío en er chielo,—le ico er ducero.

Epué bene er Diabo iciendo:—Pol qué tai vo ducero, billando en er chielo? I er ducero le ico:—Pol Taitita Dió que me ha ponío aquí... e toma tu cuz, Diabo madito.

El lucero del alba

—Les voy á contar el cuento del Lucero del Alba, que es muy bonito y cortito...

—Mejol un quento ben lago—interrumpe Raul.

—Después les contaré el de los Tres Príncipes que fueron á rodar tierras. Primero el del Lucero para que tú, Raulito, me lo cuentes después á ver si tienes buena memoria. Bueno... "Este que era el Lucero del Alba que tiene una luz muy hermosa y brillante, como los ojos de los gatos. Una noche el taitita Dios se apareció al Lucero y le dijo:

—¿Por qué brillas en el cielo, Lucero del Alba?

Y el Lucero le contestó:

—Porque usted, Taitita Dios, me ha puesto aquí en el cielo para servir de guía á todos los niños buenos.

Después vino el Diablo Satanás á tentar al Lucero y le preguntó:

—¿Por qué, Lucero, estás en el cielo y no te vas al infierno?

perdonables en los niños tienen el atractivo de la inocencia y de la espontaneidad...

—Pero señor...

—No me pida usted excusas por la gracia de Jorjecito... Es una de las más naturales del mundo.

cable. Me pidió que llamase á un médico y á su esposo.

—Pero, señora, no se asuste usted, pregúntele qué le sucede. Acaso...

—Jorjecito, por Dios, qué tienes. Dí, habla, qué sientes, hijito mío...

Jorjecito no pudo más. Dando un brinco desde su asiento fué á ocultar su cabecita entre los brazos de la mamá, y se quedó inmóvil, callado, y antes de que nos diéramos cuenta de lo que le sucedía, exclamó satisfecho:

—Ya tá...

—Qué dice—pregunté disimulando.

—Pero qué ya está, Jorjecito—exclamó la señora poniéndose colorada y sospechosa.

—No chero má, te igo...

—Pero por Dios, niño, qué es lo que has hecho!...

Jorjecito, sin despegarme los ojos y acercándose cada vez más á la mamá, dijo fastidiado:

—Tonta yo... mamá... e que yo chería... pi... (y duplicó la sílaba al oído de la madre para que yo no le oyera) e no chero má...

—Hijo, qué enormidad, qué dirá el caballero!...

—No chero, te igo...

—Déjelo, señora—interrumpo yo sonriendo—no lo reprenda. Hasta las cosas más im-

así. No obedecen á nadie, mucho menos á la mamá.

En este momento la señora me advierte que Jorjecito está más pálido que de costumbre y que empieza á moverse en su asiento como que algo le intranquiliza, como que algo le apura....

—Yo chero!...—repite nuevamente y me mira con ojos de asustado.

—¿Qué tienes, hijito?—dice la mamá alarmada.

Y él responde como siempre:

—No chero...

—El niño está mal—afirma la madre y se levanta de su asiento.—Jorjecito, vamos...

—No chero...

—Pero qué quieres entonces. Por qué no dices lo que te pasa. Ya ve usted que las madres tenemos que adivinar lo que sienten nuestros hijos para poder cuidarlos á tiempo. Yo no me equivoco nunca. Mi hijito está enfermo.

—Son aprensiones, talvez. Yo creo que nada tiene. No es así, amigo mío. ¿Quiere usted dulcesitos?...

Parece que esperaba que yo le hablase, pues sin mayor dilación empezó á llorar de nuevo con manifiestas señales de que algo grave le sucedía. No había forma de consolarle. La mamá afligida y confundida no hallaba qué hacer. El caso era grave é inexpli-

cuantos pasan por la calle. De improviso se inclina un poco sobre la silla y rueda hasta quedar en el suelo. La mamá se levanta, pero yo me apresuro para evitarle las molestias de [illegible] y extraigo al [illegible] que alcanza a hacerme un arañazo en la nariz.

Después de mucho trabajo y de bastante paciencia, el niño se apacigua y se queda [illegible], observando la cara agria que le pone la mamá.

—Mamá, e que yo chero—murmura otra vez tímidamente.

—Pero di qué, por Dios—replica la señora Eduvigis.

—Nó chero, ya...

—Créame, este niño no es así siempre—me explica la mamá. Yo no sé qué le pasa, ni qué es lo que quiere. Y no vaya á creer usted que lo criamos consentido. No, ayer no mas le dí una palmada...

—No cherto, papá te dió pamada á yo...

—No le digo, si este tiene á veces unas ocurrencias!... ¡De dónde has sacado eso, embustero? Fíjate mejor en cómo le has dejado la cara al caballero...

Yo sonrío. El chico me mira y baja los ojos. Pienso en la amplitud del amor materno y en los deseos que me dan de tirar de las orejas al vástago de mi vecina.

—Hay que dejarlos—prosigue la señora Eduvigis.—Cuando los niños se amurran son

—No chero—responde el chico valientemente amurrado.

—No ve usted—prosigue la mamá.—Así son las taimas de los niños. Pero mírelo usted, si parece un chiquillo grande echadito para atrás en su asiento. Y nadie le ha enseñado á portarse en un salón. Es que todo lo que ve lo aprende. Si oyera sus ocurrencias. Yo no sé de donde se le ocurren tantas cosas... Vamos, Jorjecito, el caballero está muy enojado contigo porque no le quieres decir cómo te llamas...

—No cherooo—repite el monino, con mayor vehemencia y arrugándose el trajecito recién planchado que le han puesto para traerlo á casa.

—Déjelo señora Eduvigis, si le han comido la lengua los ratones—digo yo.

—No cheroo—grita otra vez el chico, y ya fastidiado por completo se destroza la corbata lacre que luce bajo el ancho cuello de su traje de marinero.

—¿Qué es eso, Jorge?—exclama la señora Eduvigis—te voy á acusar á tu papá. Fíjate en lo que haces. Qué dirá el caballero. Mucho que lo querías tanto...

—E que yo chero...

—Qué quieres, hijito...

—No chero ná...

Y entre "chero" y "no chero" el chico empieza á llorar hasta poner en alarma á

Gracia natural

—Jorjecito, ¿quieres hacer "alguna cosa" antes de salir?...

—No chero...

El chiquitín de mis vecinos es un portento; pero acaba de llegar á casa muy enojado, con la "taima viva", como me dice la mamá. A veces se pone lo mismo que su padre; sin embargo, como la mamacita está "chocha" con él, es decir con el niño, le lleva á todas partes y en todas partes cuenta las habilidades de su vástago.

Nuestra amistad de barrio data de poco tiempo, de manera que esta tercera visita es también de cortesía, como las dos anteriores.

—Usted, que no tiene niños—me dice la señora Eduvigis—no puede figurarse todo el encanto que ellos encierran. Hasta sus hechos más imperdonables tienen ese atractivo y esa originalidad de la inocencia... Pero, vamos, Jorjecito, dí al caballero cómo te llamas...

su madre, para evitar la reprensión que ya iban á dirigirle, dijo entre temeroso y convencido:

—No es cierto, **mamacita**, es que yo dije que la estrella de la tía Irene debe ser **mu** vieja y **mu** fea...

—Ya está Raul, tate callado.

—"Entonces el niño malo no hizo caso al viejecito ni á la mamá, y una noche que estaba jugando al columpio se cayó y se ensartó un ojo en una astilla, y quedó tuertecito!..."

—¿De veras, tía Irene?

—De veras. "La mamá entonces desesperada..."

—¿Y por qué no se ensartó los dos ojos?

—¡Vaya! porque la estrellita le dijo desde el cielo al niño malo:—"Si haces otra maldad, te dejo ciego..."

—Mu mala la estrellita, tía Irene!

—Es que la estrellita de cada uno es como cada uno...

—¿Entonces la estrellita suya tiene muchos años, como usted?

—Sí, preguntón, pero la estrella mía es muy grande, muy brillante, muy buena, muy protectora, porque he sido siempre buena. Mi estrella me conserva allá en el cielo todo lo que yo he perdido...

—¡Bah! ¿entonces la estrellita suya tiene sus dientes, tía Irene?...

—Insolente, atrevido, quién te ha enseñado esas cosas... Te voy á acusar á tu mamá... Ven á ver, Domitila, á tu chiquillo que es más sabido y más insolente que los grandes.

Raul, el chiquitín preguntón, asustado por la actitud de la tía Irene y en presencia de

—Estrellas del cielo.

—¿Entonces las estrellas del cielo son como los hombres?

—Nó, si es un cuento.

—Pero cuéntelo entonces...

—Bueno, ya está—dijo la tía.—Pero, silencio y mucho cuidadito con interrumpirme:

—"Este que era un niño muy malo, que no le hacía caso á su mamá..."

—¡Bah!...

—Bueno, pues, silencio... "Una noche que andaba jugando por un callejón se le apareció un viejecito y le dijo:—"Niño, no seas malo, porque tú tienes una estrellita en en el cielo que si tú haces maldades se va á poner á llorar, y entonces tú vas á quedar ciego..."

—¿Y ese viejecito era el Cuco, tía Irene?...

—Nó, era el taitita Dios que se le apareció al niño malo. Bueno, "entonces el niño malo muy asustado, fué á contarle á su mamá lo que le había dicho el viejecito. Entonces la mamá le dijo al niño malo:—"Sí, hijito, tú tienes una estrellita en el cielo que te cuida mucho y que si tú no me obedeces se va á poner á llorar y con sus lágrimas te va á dejar ciego..."

—¡Bah!... ¿entonces tienen lágrimas y ojos las estrellitas del cielo, tía Irene?

—Pero cállate la boca, fastidioso, no me dejas contar...

La estrella vieja

—¿Cómo es ese cuento de las estrellas, tía Irene?—dijo Raul, el más chiquitín de todos, mientras despachaba la parte correspondiente de los dulces que la tía Irene regalaba todas las noches á la comparsa de infantiles.

La tía dió vueltas al rescoldo, desarrugó el ceño y se arregló el moño en lo más alto de la nuca; un moño lacio, de guedejas canas, que ella conservaba como un resto de la hermosa y larga cabellera de sus veinte años.

—Pero el cuento—dijeron los chicos impacientes, y estrecharon á la tía Irene en el círculo que habían formado al rededor del brasero.

—Pero si es un cuento para niños grandes, queridos.—¡Qué saben ustedes de estrellas protectoras, de la mala estrella de un hombre y de otras cosas que ustedes no entienden!

—¿Y son estrellas del cielo, tía Irene?

—Eh, eh, padrino "cacho".

—Viva el padrino, pues—dice la señora abuela—á ver niñas que les dé algo.

La concurrencia de íntimos me rodea y no me dejan un cristo en el bolsillo.

He terminado heroicamente mi tarea.

—Anda hombre—digo á Rafael á quien no he querido interrogar porque comprendo que está en un estado de ánimo insoportable—anda hombre, invítame á beber una copa por mi ahijado.

—Si, vamos, y perdona, pero no me hables, no me recuerdes el punto. Pobre angelito, si hubiera podido protestar... Qué te parece lo que han hecho con él. A quién si se le bautizase en la edad madura se atreverían á ponerle esos nombres que llevará mi chico infeliz.

—Déjate de eso, bebamos por él, porque la suerte le sonría, porque sea un hombre, llámese como se quiera.

—Si, bebamos por mi hijo, por mi prudente Raúl María de las Mercedes Tiburcio de Alvarado y Torres.

Y casi sollozando el sensible Rafael agregó con tono de honda sinceridad:

—Que esos nombres te sean lijeros en vida de la razón y que ese "de" y esa "y", timbres de orgullo de tus antepasados no sean el hazme reir de tus coetáneos... Salud, compadre...

—Perfectamente, señor Cura—dice la abuela.

—De manera que á este ángel corresponde el nombre de Tiburcio, el santo de hoy.

—Cómo Tiburcio?—interrumpe Rafael.

—Precisamente, Tiburcio.

—Pero no sería posible ponerle otro nombre—se atreve á proponer Catalina...—Tiburcio, Dios mío...

—Esa es la costumbre en esta Parroquia, de manera que ustedes me permitirán empezar.

El Cura murmura sus latines y el bautizo se consuma con bastante rapidez. Afuera esperan tres ó cuatro matrimonios, cuyos hijos deberán ser otros tantos Tiburcios en la vida.

Regresamos á la casa en medio de una nube de rapaces que me asedian á los gritos de viva el padrino. Lanzo al pelotón uno ó dos, ó tres, no recuerdo cuántos pesos en cinco. Los chicos se amontonan, se empujan, cubren un pedazo de suelo con sus cuerpos, escarban con las uñas y hacen montoncitos de tierra que después registran con prolija ligereza. Y continúan detrás de nosotros. Nos alcanzan al entrar á la casa, en donde diviso un grupito de mujeres cubiertas por el manto y á quienes me veo en la necesidad de estirar la mano.

Entramos y la puerta se cierra. Siento que todavía desde afuera piden más y como no les doy en el gusto oigo que dicen entre silbidos:

—el niño se llamará Raúl María de las Mercedes de Alvarado y Torres, así, ni más ni menos.

—Ah, de Alvarado y Torres, perfectamente.

—Pero mamá...—empieza Rafael.

—No, señor Cura, no haga caso á este niño. Está chocho con este angelito, por eso no sabe lo que dice.

Las demás preguntas se suceden rápidamente. Termina el acto y nos dirigimos al altar.

—Has visto cómo se empecinan las ancianas—me dice el desesperado Rafael.

—Pero qué daño te hace con eso.

—Qué daño. Qué dirían de mí si supieran lo que se está haciendo con este inocente que hoy no puede protestar pero que más tarde quién sabe si me eche en cara mi debilidad. No conoces tú docenas de desgraciados que llevan á cuesta un Calvario de nombres: Judas Tadeo... Pelegrino Jesús... Eucarpio Temístocles... Josefino del Carmen ... para qué sigo...

El cura se ha revestido y nos llama á los padrinos hacia la pila. Tomamos al chico y nos acercamos.

La ceremonia empieza.

—Advierto á los padres—exclama el sacerdote—que en esta Parroquia es costumbre secular y respetada por todos los buenos cristianos, agregar á todo bautizado el nombre del santo del día.

ira de la casa.—No formes cuestiones por esas nimiedades. Da en el gusto á tu mamá, que eso de los nombres quedará en secreto en los archivos de la parroquia y entre las curiosidades de tus documentos íntimos.

—Pero hombre, por Dios, y los "recuerdos del bautizo", esas cintas y esas tarjetas.

No te parece que esto es increíble. En fin, es mi madre. Pero ten presente que no es ella la autora de esa ocurrencia. Es misiá Brígida, la amiga de todos los santos y la devota inevitable en todas estas ceremonias.

El señor Cura nos ha recibido bondadosamente y nos ha hecho entrar á una pieza en la que sólo se ve un escritorio antiquísimo, una silla de junco desvencijada, dos sofaes de madera y tres ó cuatro estampas religiosas.

Se va á asentar la partida en los libros de la Parroquia.

—¿Cómo se llamará el niño?—pregunta el señor Cura.

—Raúl María—contesta Rafael, rápidamente.

—Raúl María de las Mercedes, señor—dice la madre de Rafael.

Yo contengo á éste para que no interrumpa el acto. El asunto no tiene importancia.

—¿Cómo se llama el padre?—pregunta el sacerdote.

—Rafael Alvarado y la madre Catalina Torres de Alvarado. . . .

—Es decir, señor Cura—agrega la abuela

se va á llamar este "monono"—replica la suegra.

—Si usted insiste, mamá, tendría que llamarse el pobrecito, sin que él puede protestar: Raúl María de las Mercedes Alvarado Torres.

—¿Qué te figuras? ¿Qué estás loco? ¿por qué abrevias los apellidos?, ¿por qué abandonas los timbres de nobleza de las familias bien nacidas? Eso sí que yo no lo permito. El niño debe llamarse Raúl María de las Mercedes de Alvarado y Torres. ¡Qué diferencia!

—Señora, por favor, terminemos, no se incomode y no me haga pasar un mal rato. ¡Qué dirán las visitas! Yo no quiero ponerme en ridículo por nada de este mundo, ni creo que usted me induzca á ello. Ese "de" y esa "y", es muy siútico, mamá. No ha oído usted cómo se ríen con justa razon de todas esas familias "enfermas" que se inclinan á conservar esas ridiculeces de antaño. Eso demuestra una vanidad estúpida, perdóneme usted. Yo no soy vanidoso ni quiero que nadie lo sea en mi familia ni en esa ni en ninguna otra forma.

—No ven, no digo yo... No le hagamos caso á este loco. Andemos mejor, y ustedes dispensen.... Cuando una llega á vieja nadie le hace caso.... A ver que va á decir el señor Cura de estas porfías tontas.

—No te amostaces Rafael—le digo yo a[illegible] cído, mientras el pequeño cortejo sale en dirección á la Parroquia que está á una cua-

á la elección de su esposa, que como devota de la Virgen María, declara una vez más que el chico debe llamarse Raúl María. El esposo hizo presente con toda oportunidad que eso de dar un nombre femenino á un ser del otro sexo, era impropio, pero como Catalina insistió tanto, no había puesto mayores objeciones, siempre que en el trato familiar el niño fuese llamado Raúl, á secas.

La madre de Rafael, abuela del "morito", se indigna á última hora porque ni siquiera se le ha consultado en eso de la elección de los nombres.

—¿Acaso no tengo ningún derecho? ¿Y ni por ser mi regalón y ni por que va á ser mi heredero? ¿Por qué no me dejan que yo también elija un nombre para éste "angelito", uno que pueda protegerle de las desgracias y librarle de la muerte. Decís que el niño se va á llamar Raúl María? pues agregarle "de las Mercedes", la santa de mi devoción. Dadme en el gusto, hijos míos. Es el antojo de una vieja... Y andemos, que el señor Cura se va á cansar de esperarnos.

—Pero mamá, ¿qué quiere usted hacer con mi chico? ¿Por qué no le echamos encima todo el Calendario? Oiga usted: Raúl María de las Mercedes Alvarado Torres... ¿No le suena á usted como cosa de campo?

—Si, mamá—dice Catalina—Esas son costumbres de la "jentuza". Ya tiene el nombre de una santa, para qué quiere más.

—¿Cómo dijiste, Rafael? ¿cómo dices que

El Bautizo

Los invitados somos pocos. Se trata de una fiesta en familia. Un bautizo modesto congrega á lo sumo á los parientes cercanos y á las relaciones más íntimas.

No falta ninguno de los que esperaban reunir en el hogar los esposos felices.

El chico, cuarto de la serie, ha cumplido cuarenta y cinco días. Se conserva en buena salud; pero llora como un barraco al sentirse aprisionado en un maremagnum de cintas y de adornos. Me refiero al ajuar que le he obsequiado en mi calidad de padrino, y adquirido de acuerdo con las instrucciones de una tía solterona, especialista en el asunto.

De pronto ha surgido un conflicto de última hora, cuando nos preparamos para dirigirnos á la Parroquia, provocado por la madre de Rafael, mi compadre, nada menos que por los nombres que se pondrán al chico.

Rafael mantiene su opinión de que, como muy muchos, debe dársele sólo dos. Reitera el elegido por él: Raúl. El otro lo ha dejado

en que estaban encerrados sus hermanitos, á quienes con modales solemnes, entreviendo en su imaginación inocente el dolor que producirían los gritos de los niños en aquella muñequita que sabía llorar, dijo terminantemente:

—Que se callen, tontos, porque se despierta la muñeca de mamá.

Y volvió como había venido, apresuradamente; pero al llegar á la puerta del dormitorio de su madre, la encontró cerrada.

La chiquitina se quedó pensativa. ¡Quién sabe qué sintió en aquel instante en que bruscamente la separaban de la mamá, cuando ella hubiera querido permanecer á su lado! No pudiendo contener la pena que la embargaba apretó la muñeca que tenía entre sus brazos y se puso á llorar amargamente.

En el dormitorio de Catalina se percibió aquel llanto inesperado de la chica. Rafael antes que la madre lo notara también, salió corriendo y al ver á su chiquitina, desesperada, le preguntó con ternura:

—Hijita, qué tiene, por qué llora?

La chica no supo explicar su dolor, ni se daba cuenta de lo que sentía ni de lo quería en aquel momento; pero toda su preocupación inocente, puso en sus labios temblorosos una frase que balbuceó entre sollozos:

—Papá, es que mi muñeca no llora... Es que yo también quiero tener una muñequita de las otras...

exactamente como en el año anterior, la abuelita salió de la pieza de Catalina y dijo á Rafael:

—Pero niño por Dios, qué pasenas pasan ustedes... Ya puedes entrar. Anda á verla, es una preciosura.

El esposo corrió hacia el dormitorio, y detrás de él, desapercibida, en puntillas y sujetando la respiración, Inesita alcanzó á llegar hasta el lecho de la enferma.

Abajo en la calle, se sentía el cercano ruído de los coches y de la gente alegre que pasaba cantando. El repique de una campana anunciaba en ese instante el nacimiento del Hijo de Dios, mientras en aquel hogar tranquilo y apacible, Rafael, de rodillas, al lado del lecho de su esposa, bendecía con paternal cariño el primer vagido inocente del hijo de su amor. Inesita estaba también allí con sus ojitos llorosos fijos en el rostro de la mamá.

—Hijita, que se callen esos barrabases.—le dijo Rafael para alejarla—Vaya usted, no los oye como gritan.

Inesita se quedó un instante indecisa hasta que su madre le dió un beso en la frente. Un leve gemido hizo volver la cabeza á la chiquitina, que preguntó sorprendida:

—¿Papá, oye?...

—No ve usted es la muñequita que llora.... la muñequita de Europa. Vaya usted á decir á esos niños que se callen la boca.

Inesita salió corriendo, y entró á la pieza

gustia. En los ojos de Catalina sorprendió una mirada dolorosa.

—No ves, yo lo decía—replicó la señora—y crea usted á los médicos...

La situación no era para perder un segundo de tiempo. El esposo buscó en vano un coche. Tuvo que correr casi dos cuadras para encontrar uno. A é l lanzó á los chicos que protestaron en silencio por aquellos modos y ayudó á subir á su esposa.

—Mamacita, ¿qué tienes?—preguntó Inesita, en el momento en que el carruaje se ponía en marcha lentamente.

—Ta enfelma la mamá,—dijo Raúl entre dientes.

—No tengo nada,—exclamó sonriendo Catalina.

Diez minutos después de la llegada de la familia, entraron á la casa el médico y una señora á quien Raúl recordó vagamente haber visto en otra ocasión.

La abuelita, encorvada, endeble, pero todavía capaz de desarrollar sus restos de energía, tomó oportunamente á los chicos que habían formado una algarabia infernal y los encerró en una pieza á fin de evitar que molestaran á Catalina.

Solamente Inesita no quiso moverse del salón vecino al dormitorio de su madre. Fueron inútiles los ruegos. La chiquitina con los ojos bañados en lágrimas, continuó sentada en un rincón, oprimiendo la muñeca entre sus brazos.

A la hora en que debía servirse la cena,

impresiones. Se conocieron en una noche de Navidad. Contrajeron matrimonio un año después, justamente. Y la Nena, la chica que había quedado en la casa con la abuelita, cumplía aquella misma noche su primer año de existencia.

Recordaba ahora Rafael que el nacimiento de esa niña había desbaratado el paseo y la cena del año anterior, pues su llegada al mundo fué casi repentina, ó por lo menos cuando nadie en la casa lo esperaba.

Un temor semejante había entristecido al esposo antes de salir de su casa para dirigirse á su oficina, en vista de que el estado de Catalina era nuevamente el mismo. Las seguridades dadas por el médico ahuyentaron todas sus dudas, y fué por eso que se decidieron á hacer el paseo que hasta ese momento no ofrecía mayores novedades.

De improviso, en un rápido instante de mutismo, Inesita dijo interrupiendo los pensamientos de Rafael:

—Mamá, ¿mi muñeca vino de Europa, como la Nena?

—Sí hijita,—respondió Catalina, sonriendo.

La esposa pensó en la otra muñeca que debía llegar de Europa y algo así como una especie de sugestión obró tan rápidamente en ella que empezó á sentir todos los síntomas del nuevo é inesperado trance.

—Hijo, apresurémonos—dijo á su marido.

Rafael la miró y tuvo un minuto de an-

á Catalina quien se cuidó de no advertirlo á su esposo para no contrariar sus alegres pasatiempos, como él consideraba cada una de esas gracias muy comunes en sus chiquillos.

Mientras éstos devoraban los duraznos y las cerezas que se les había comprado, caminaron en silencio; pero cuando se les concluyó la partida, empezaron á exigir que se les comprara otra.

Catalina se opuso terminante á que se diera gusto á esos glotones que no se llenaban con nada y para evitar discusiones y malos ratos y como empezara á sentirse mal, propuso el regreso á la casa donde la pobre abuelita había quedado sola con la Nena.

—¿Y qué le llevas á tu mamá vieja?—dijo el papá á Raúl.

El chico se encogió de hombros porque durante todo el paseo no se había acordado de la viejecita.

—Yo le llevo mi muñeca—respondió Inesita por su hermano.

—Papá, compa duces pa l'abelita,—replicó Raúl.

El jefe de Sección propuso entonces regresar por el centro para comprar pasteles de crema que eran el manjar favorito de su suegra.

La preocupación constante de los niños había mantenido en silencio á los esposos. Aunque para ellos la Noche-buena encerraba muchos recuerdos que en el fondo de la memoria tegían una red impalpable de dulces

una ráfaga fresca con perfumes de albahacas y de árboles en flor. A lo largo del paseo brillaban entre los ramajes las cadenas entrelazadas de farolillos chinescos y por sobre un raleado mar de cabezas humanas relampagueaban las luces de las ventas populares de Noche Buena. Hacia ellas se dirigió la familia arrastrada por los chicos que olfatearon desde lejos el incitante olor de la fruta nueva. Raúl fué el primero en descubrir un puesto de duraznos que llamaban el apetito.

—Yo chero duraznos.

—Yo tamién,—repitieron á duo los otros dos niños.

—Las primeras frutas de la estación son dañinas—alegó Catalina que se había opuesto á la prolongación indefinida de aquel paseo tentador.

Siguieron un poco más adelante hasta que llegaron frente á otra venta, ante la cual Raúl, desesperado, arremetió valientemente contra la codiciada y sabrosa fruta. Esto dió lugar á un ligero cambio de palabras entre el jefe de Sección y el dueño de la mercancía que quiso tomar á Raúl por los fondillos para meterlo de cabeza en la acequia que corría á pocos pasos de distancia. Todo se arregló amistosamente, previo el pago respectivo y la familia continuó su giro.

—Ven acá, Barrabás,—dijo Rafael al mayorcito revoltoso—no te muevas de mi lado.

Este incidente produjo un ligero malestar

ca, flotaba, como polvillo luminoso, la tierra menuda que subía desde el suelo aventada por el largo ruedo de los vestidos de las damas que se dirigían al paseo de la Plaza. A la distancia, esa nubecilla impalpable tomaba un tono opaco en cuyo centro de trecho en trecho, brillaban intensamente los focos de la luz eléctrica y los anuncios luminosos y multicolores de las casas comerciales.

El bullicio de los transeuntes iba en crescendo á medida que se acercaba la media noche. El toque intempestivo de las campanas de los tranvías, el ruído apagado de los carruajes al rodar sobre el asfalto, los gritos de los vendedores ambulantes, las exclamaciones de alegría de los grandes y de los niños, todo ese despertar inusitado que pone una nota de regocijo y de expansión en la vida diaria de la capital, recordaba á Rafael sus largas horas de oficina, y aturdía á sus pequeños hijos que caminaban como mareados por la algarabia callejera.

Pasó un lujoso americano en el que Rafael alcanzó á distinguir á la familia de un colega, más feliz que él porque tenía carruaje.

—En ese coche va Recaredo con su esposa y sus niños—dijo á Catalina.—Yo creo que es mejor andar á pie cuando no se tiene carruaje...

Cuando llegaron á la Alameda, el aire pesado de las calles centrales, se convirtió en

—Yo chero una "bichiqueta"—exclamaba Raúl desesperado.

—Yo chero un "tompo"—gritaba el otro.

—Yo chero un "pumpum"—repetía el tercero, al divisar un fusil en miniatura.

Y como no era esto sólo lo que querían, en menos de quince minutos habían pedido á gritos cuanto juguete se divisaba en la vitrina. Para retirarlos de allí era menester comprarles algunos objetos. Pero una vez que estuvieron dentro del almacén no hallaban por cuáles decidirse. Por fin salieron de allí, Raúl con un casco prusiano, una espada y una caja de soldados de plomo; Jorge con un casco de bombero y un payaso aplastado dentro de una caja de resorte; Cachito se resolvió por un gato que al ser oprimido decía: "ñau ñau", en lugar del "pumpum" que le pareció demasiado peligroso.

La mamá obsequió á Inesita una hermosa muñeca y otra más chica para la Nena que había quedado en la casa con la abuelita.

Terminada la tarea de surtir á los niños, en proporción al dinero que para tal objeto podía destinar el jefe de Sección, la familia siguió su paseo á través de las calles centrales y después con rumbo á las Delicias, tomando mil precauciones para que los chicos no fuesen atropellados ó envueltos por los transeuntes y carruajes.

En la atmósfera abochornada por los miles de luces y por el calor propio de la épo-

perado les ocasionó un atraso de media hora. Raúl desparramó sobre su traje nuevo un plato de miel y hubo que esperar que se le cambiara de indumentaria.

A las ocho de la noche, Rafael, su esposa y los cuatro vástagos avistaron el primer almacén de juguetes de la calle de Ahumada.

Nunca un padre se habrá sentido más orgulloso con su prole que Rafael con la suya, estacionado frente á una vitrina repleta de embelecos infantiles. Raúl que se había abierto camino con el bastón del papá, estuvo á punto de quebrar un vidrio, exasperado por el entusiasmo que le producía un payaso que meneaba la cabeza. Cachito y Jorge tomados de las colas del chaquet del jefe de Sección, pugnaban con tal fuerza para acercarse á la vitrina, que las costuras de aquellas cedieron casi silenciosamente ante el vigoroso empuje de los infantes.

Inesita no abandonaba el brazo de la mamá, y mientras sus hermanos gritaban y aturdían á la concurrencia estacionada en aquel mismo punto, ella guardaba silencio y con modales muy serios pretendía inútilmente imponerlo á los revoltosos.

—¿Por qué no traeríamos á la abuelita?—dijo de improviso mirando un juguete que representaba á una anciana con anteojos azules, en actitud de enseñar á una chica.

—Porque ya no vé la abuelita—respondió la mamá.

Los chicos corrieron desatentados y cayeron como una avalancha sobre las faldas de la abuela en el momento en que ésta deshacía el último hilván á un trajecito blanco para Inesita.

—Quiten allá, cargosos, majaderos.

En cambio, la chiquitina permaneció al lado de la "mamá joven" á quien interrogó tímidamente:

—¿Y tú, mamacita, irás con nosotros, y llevaremos á la Nena?

La señora Catalina miró á Rafael como dudando de su determinación.

—Pero acuérdate, hijo, que del paseo del año pasado... No insistas.

—Debemos creer al médico, hija mía,—contestó el esposo.

Mientras tanto, Raúl capitaneando á sus dos hermanitos menores, tomó la palabra ante la abuela que los había rechazado bastante fastidiada.

—Abuelita, yo chero poneme el taje nevo de madinedo, y Jorge y Cachito tamién, polque vamos á compal duces é juguetes.

Ante el mandato imperativo de los nietos, previo el asentimiento del padre, la abuelita los vistió con los trajes nuevos, les lavó la cara y las manos, los peinó y les puso un poco de polvo en las mejillas.

Catalina, por su parte, arregló á Inesita, su regalona.

La comida se sirvió en desorden para poder salir temprano. Pero un incidente ines-

certidumbre de que hubiera podido producirse el mismo trance inevitable del año próximo pasado.

El facultativo aseguró que no debía esperarse ninguna novedad hasta después de ocho días por lo menos, y la sirvienta con su regreso manifestaba claramente que ningún compromiso callejero le había tentado ni seducido en el camino para correr la Noche-buena. Es cierto que en las compras demoró dos horas, pero fué porque el almacén estaba repleto, costándole gran trabajo abrirse paso hasta el dependiente amigo que la despachó prontamente con la llapa en una mirado comprometedora y en un boleto para el sorteo de Navidad.

Rafael en persona examinó las menestras y en seguida se puso á idear la forma en que debía prepararse la cena, sin que se molestara á la señora para nada. Era de ver á aquel jefe de sección de un Ministerio, aderezando un guiso como si se hubiese tratado de la redacción de un Mensaje Presidencial. Tan inútil era para un trabajo como para el otro.

En seguida, dirigiéndose á sus chicos, cachetones y rosados los tres varones, delicada y calladita la otra, preciosa criatura con ojos dormidos como la mamá, les dijo cariñosamente:

—Ea, mondongos, que los arregle la "mamá vieja" porque vamos á pasear esta noche.

Inesita

A la hora de costumbre, tal vez un poco más temprano, Rafael llegó á su casa, después de las cansadas tareas de la oficina. Los chicos le recibieron en la esquina y su esposa á la entrada del pasadizo.

—Y... ¿estuvo el doctor?—preguntó Rafael á Catalina.

—Estuvo y dijo que no había peligro por hoy.

—Habrían sido las diez de última que hubiese sucedido eso.—replicó el esposo— Para una vez, basta y sobra. Uno también tiene derecho á recrearse, aunque los hijos sean la herencia de los pobres. Que vengan ellos en buena hora, pero no así como llegó la pobre Nena. Pobrecita, al fin de todo qué culpa tuvo ella. Y... ¿la sirvienta, regresó? ¿Tendremos sirvienta en esta Pascua?

—Ahí está, me temí que no volviera, porque demoró mucho en la calle.

La visita del médico y el regreso de la criada alegraron el ánimo del bondadoso Rafael, afligido momentos antes por la in-

mito Alberto y yo me quedé dando vueltas, asustado de mi propio despertar.

. . . .

En el comedor fuí destinado á la mesa del pellejo en compañía de un solterón y de dos bebedores de vino que estaban en su elemento.

En un extremo de la mesa grande, mi compañera del salón charlaba como una cotorra con el primito Alberto. Dos ó tres veces los ví que sonreían al mirarme; pero yo estaba contento. Junto á mí, cerca de mi corazón, dentro de mi alma y en cada uno de mis pensamientos, estaba un retrato que era la reproducción de la imagen de mi ideal.

Sin embargo, me preguntaba en silencio, quedando pensativo:

—¿Si aún se acordará de mí?

Fué en uno de estos momentos cuando mi amigo Alberto me preguntó maliciosamente:

—¿Por qué estás tan pensativo?

—Déjalo, primito—respondió mi amiga del salón—si está feliz. Tú no sabes que va á todas partes con un retrato que le hace soñar... Déjalo, primito, no lo despiertes...

—Y efectivamente... he seguido soñando....

—¿Por nadie? Sí, talvez por alguien; pero hace ya mucho tiempo. No me acuerdo de eso...

—Probablemente usted quemó las flores, todos los recuerdos, el retrato...

—¿El retrato?

Repentinamente, como despertando de un sueño, me llevé la mano al bolsillo en que había ocultado el retrato, ese retrato del que Alberto dijo una noche á la salida del teatro:

—Es un bello rostro de mujer. Un ensueño de poeta...

Mi compañera comprendió lo que me sucedía. Sin tiempo para reponerme, exclamó con una sonrisa llena de triunfo:

—Sí, el retrato, no lo oculte usted, déjeme verlo. Seamos amigos.

Mientras la concurrencia desfilaba hacia el comedor, mi nueva amiga insistía en ver ese retrato.

Pero, yo resistía á la tentación de verlo, porque aquello iba á ser una tentación. Por fin accedí y mientras ella miraba ese rostro risueño, con la sonrisa apacible de la juventud inocente de las mujeres, yo, por sobre los hombros de mi implacable compañera, encontraba, después de seis meses, que aquel retrato era la imagen de la visión del sér amado que me perseguía.

Luego ella me abandonó al llanto del pri-

lueta solitaria, mi modo de ser retraído y huraño, atrajeron la atención de los jóvenes gomosos y de las jovencitas pegadas de sí mismas.

Una, al pasar, dijo:

—Si es el enamorado de una estrella.

Un joven irreprochablemente incapaz de una frase espiritual, murmuró para que yo le oyera:

—La poca costumbre. Está como un pájaro en corral ageno.

Confundido y amostazado por opiniones tan poco favorables, quise buscar mi sombrero y marcharme. Pero una jovencita de ojos vivarachos, con voz dulce me dijo como adivinando mis intenciones:

—No se vaya usted. Lo comprometo para la mesa.

Accedí con todas las efusiones de mi alma y ofreciéndole mi brazo dimos algunas vueltas por el salón.

Después, yo respondiendo y ella interrogando, algo le expliqué del estado habitual de mi ánimo. Yo no era, por supuesto, un romántico, pero era un decepcionado; yo no amaba á nadie, pero tenía un amor... La fiesta me hacía daño. Estaba allí por una condescendencia para con Alberto.

—Ah, sí, mi primo. El nos había prometido traerlo. Pero es usted muy raro. ¿De manera que jamás ha sentido amor por nadie?...

una extraña evolución que me alejaba desde ese instante, acaso para siempre, de la única mujer que había creído amar hasta entonces.

Así pasaron los días, así pasaron los meses; pero en vez de sufrir, de llorar, del deseo de encontrarme con Ella, un olvido inefable derramaba sobre mi espíritu horas de deliciosa tranquilidad; y poco á poco cada vez más tangible, surgía de mis pensamientos la imagen de una mujer que no era Ella, cuyo rostro empezaba á borrarse de mi memoria y que muchas veces tuve miedo de hacerlo revivir con la contemplación de ese retrato que había olvidado en el fondo de un bolsillo.

Vivía, pues, enamorado de un sér ideal, de imagen perfectamente definida que sólo existía en mi alma.

Felicidad encantadora dentro de la suprema convicción de que amaba un imposible.

II

Tan tranquilo, como despreocupado, pensando en los halagos pasajeros de la fiesta, asistí una noche á una reunión en casa de la señora de X.

Me habían arrancado de mi piececita de soñador para marearme con perfumes de mujer, melodías de Bethoven y crugimientos de seda. Una fiesta mundana á que no estaba acostumbrado.

Entre el ir y venir de los invitados, [illegible] si-

del corazón. Junto con el traje engorroso iba á quedar olvidado quizás por cuanto tiempo.

Más tarde pensé muchas veces en si aquel primer olvido sería la apagada manifestación de un sentimiento más complejo y más exigente que en día no lejano debería estallar con todos los entusiasmos de la segunda juventud, de esa edad que es como la infancia de la experiencia, como el despertar razonable del alma, como el fin inevitable de los sueños y de las fantasías del adolecente.

¿Amaba? Sí, amaba, pero no me atrevía á levantar los ojos delante de la mujer amada. Temía que el encanto de la visión que se forjaba mi alma no correspondiera con los hechizos de la elegida de mi corazón. Y en esta lucha constante muchas veces llegué á preguntarme: ¿si el corazón me engañara...?

Una noche, nuestras miradas se encontraron. Me atreví á mirarla fijamente, pero ella bajó los ojos. Entonces sentí el imperio de su hermosura, abracé con mis miradas sus formas, sus pensamientos con mis pensamientos; más, en medio del íntimo regocijo que me causaba el pensar que allí cerca latía un corazón por mí, lleno de miedo de mí mismo, exclamé decepcionado: "No, no es Ella la visión de ese sér ideal que me persigue".

¿Por qué? ¡Quién sabe! Sólo me dí cuenta de que se producía en mis sentimientos

El Retrato

Volvíamos una noche del teatro.

—Es un bello rostro de mujer, un ensueño de poeta—me dijo mi amigo Alberto al devolverme un retrato que yo sepulté nuevamente en el fondo de un bolsillo.

—Sin embargo—le respondí—yo no sé qué tengo. Ese retrato, ó mejor el original, no llena mi gusto. Y, créeme, es tan bella de rostro como angelical de alma.

—Es curioso, así son ustedes, muchas veces por seguir las huellas de los románticos, ó por capricho.

La verdad era que de poco tiempo á entonces me perseguía un ideal de mujer que no pude hermanar con los atractivos encantadores de mi amada.

Aquella noche llegué á mi pieza, tiré la ropa sobre una silla y no me acordé más del retrato.

Era la última noche de la temporada lírica, y ya no se me presentaría otra oportunidad cercana de andar con ese retrato tan cerca

dose á los galanteos, como la mariposa á la luz.

Y fué al volver de un largo paseo á través de los rosales del jardín, cuando sintió desesperadamente la ausencia del primo. Allí la dicha fugaz había clavado la primera espina en su corazón.

*

Y Amadeo no se explica todavía por qué dos meses más tarde, Zunilda resolvió casarse con él.

—Tú eres demasiado loca, ¿no es verdad Amadeo?

—Verdad, tía Jesús.

—Debes cambiar, Zunilda, ya es tiempo.

—¿Qué dice usted tía Jesús? preguntó Amadeo, poniéndose pálido.

—Que esta chiquilla debe pensar en algo serio... en algún buen partido...

Amadeo comprendió todo eso; bajó la cabeza y se resolvió al sacrificio.

—Si quieres, primita, yo te ayudaré—dijo casi temblando.

—Eres tan bueno. ¿En el baile de mañana?

—Donde quieras.

En la noche, Amadeo no pudo conciliar el sueño. Se revolcaba en la cama. Encendía y apagaba la luz. Por la mañana amaneció con fiebre y no pudo levantarse.

A la hora de almuerzo Zunilda entró á su pieza.

—¿Qué tienes, primito?—le preguntó.

—Estoy enfermo.

Por primera vez, Zunilda iba á verse libre de la vigilancia de Amadeo, en el baile de la noche.

Por eso los adoradores le llovieron. El completo dominio de su libertad lejos de la vigilancia de Amadeo, le dió bríos para reir y apurar los deleites de la fiesta, abandonán-

A la tía Jesús no le pareció extraño aquello. Alguna vez el pobre Amadeo debía desgraciarse. Mas, Amadeo y Zunilda siguieron como antes.

Ella lo quería para pololear en la casa. En la calle y en las fiestas le servía para acompañar á la mamá. El no alimentaba otra aspiración que servir á Zunilda, como un idiota. Y este idiotismo del pobre Amadeo era un amor verdadero. Y aquel imperio de Zunilda una crueldad sin nombre.

Nada hay más terrible que contrariar un afecto arraigado ó una pasión ciega. Todos los seres de la creación cuidan ó protegen lo que aman, por instinto, por educación ó por sentimiento. La gallina ampara y protege al polluelo atacado por el gavilán. Zunilda era una pollita codiciada; pero Amadeo era "un gallina".

Cuando algún gomoso galanteaba con malas ó buenas intenciones á la prima, él demostraba sin reserva todos los aspavientos de una gallina frente al peligro. Por esto, su tía Jesús lo consideraba indispensable sobre todo en las grandes reuniones.

Un día, de sobremesa, después de un gran baile y en vísperas de otro, Zunilda dijo á la mamá muy despacito:

—Líbrame de este verdugo.

Entonces la tía Jesús le respondió muy seria:

Inesita

A la hora de costumbre, tal vez un poco más temprano, Rafael llegó á su casa, después de las cansadas tareas de la oficina. Los chicos le recibieron en la esquina y su esposa á la entrada del pasadizo.

—Y... ¿estuvo el doctor?—preguntó Rafael á Catalina.

—Estuvo y dijo que no había peligro por hoy.

—Habrían sido las diez de última que hubiese sucedido eso.—replicó el esposo— Para una vez, basta y sobra. Uno también tiene derecho á recrearse, aunque los hijos sean la herencia de los pobres. Que vengan ellos en buena hora, pero no así como llegó la pobre Nena. Pobrecita, al fin de todo qué culpa tuvo ella. Y... ¿la sirvienta, regresó? ¿Tendremos sirvienta en esta Pascua?

—Ahí está, me temí que no volviera, porque demoró mucho en la calle.

La visita del médico y el regreso de la criada alegraron el ánimo del bondadoso Rafael, afligido momentos antes por la in-

mito Alberto y yo me quedé dando vueltas, asustado de mi propio despertar.

....

En el comedor fuí destinado á la mesa del pellejo en compañía de un solterón y de dos bebedores de vino que estaban en su elemento.

En un extremo de la mesa grande, mi compañera del salón charlaba como una cotorra con el primito Alberto. Dos ó tres veces los ví que sonreían al mirarme; pero yo estaba contento. Junto á mí, cerca de mi corazón, dentro de mi alma y en cada uno de mis pensamientos, estaba un retrato que era la reproducción de la imagen de mi ideal.

Sin embargo, me preguntaba en silencio, quedando pensativo:

—¿Si aún se acordará de mí?

Fué en uno de estos momentos cuando mi amigo Alberto me preguntó maliciosamente:

—¿Por qué estás tan pensativo?

—Déjalo, primito—respondió mi amiga del salón—si está feliz. Tú no sabes que va á todas partes con un retrato que le hace soñar... Déjalo, primito, no lo despiertes...

—Y efectivamente... he seguido soñando....

—¿Por nadie? Sí, talvez por alguien; pero hace ya mucho tiempo. No me acuerdo de eso...

—Probablemente usted quemó las flores, todos los recuerdos, el retrato...

—¡El retrato!

Repentinamente, como despertando de un sueño, me llevé la mano al bolsillo en que había ocultado el retrato, ese retrato del que Alberto dijo una noche á la salida del teatro:

—Es un bello rostro de mujer. Un ensueño de poeta...

Mi compañera comprendió lo que me sucedía. Sin tiempo para reponerme, exclamó con una sonrisa llena de triunfo:

—Sí, el retrato, no lo oculte usted, déjeme verlo. Seamos amigos.

Mientras la concurrencia desfilaba hacia el comedor, mi nueva amiga insistía en ver ese retrato.

Pero, yo resistía á la tentación de verlo, porque aquello iba á ser una tentación. Por fin accedí y mientras ella miraba ese rostro risueño, con la sonrisa apacible de la juventud inocente de las mujeres, yo, por sobre los hombros de mi implacable compañera, encontraba, después de seis meses, que aquel retrato era la imagen de la visión del sér amado que me perseguía.

Luego ella me abandonó al llanto del pri-

lueta solitaria, mi modo de ser retraído y huraño, atrajeron la atención de los jóvenes gomosos y de las jovencitas pegadas de sí mismas.

Una, al pasar, dijo:

—Si es el enamorado de una estrella.

Un joven irreprochablemente incapaz de una frase espiritual, murmuró para que yo le oyera:

—La poca costumbre. Está como un pájaro en corral ageno.

Confundido y amostazado por opiniones tan poco favorables, quise buscar mi sombrero y marcharme. Pero una jovencita de ojos vivarachos, con voz dulce me dijo como adivinando mis intenciones:

—No se vaya usted. Lo comprometo para la mesa.

Accedí con todas las efusiones de mi alma y ofreciéndole mi brazo dimos algunas vueltas por el salón.

Después, yo respondiendo y ella interrogando, algo le expliqué del estado habitual de mi ánimo. Yo no era, por supuesto, un romántico, pero era un decepcionado; yo no amaba á nadie, pero tenía un amor... La fiesta me hacía daño. Estaba allí por una condescendencia para con Alberto.

—Ah, sí, mi primo. El nos había prometido traerlo. Pero es usted muy raro. ¿De manera que jamás ha sentido amor por nadie?...

una extraña evolución que me alejaba desde ese instante, acaso para siempre, de la única mujer que había creído amar hasta entonces.

Así pasaron los días, así pasaron los meses; pero en vez de sufrir, de llorar, del deseo de encontrarme con Ella, un olvido inefable derramaba sobre mi espíritu horas de deliciosa tranquilidad; y poco á poco cada vez más tangible, surgía de mis pensamientos la imagen de una mujer que no era Ella, cuyo rostro empezaba á borrarse de mi memoria y que muchas veces tuve miedo de hacerlo revivir con la contemplación de ese retrato que había olvidado en el fondo de un bolsillo.

Vivía, pues, enamorado de un sér ideal, de imagen perfectamente definida, que sólo existía en mi alma.

Felicidad encantadora dentro de la suprema convicción de que amaba un imposible.

II

Tan tranquilo, como despreocupado, pensando en los halagos pasajeros de la fiesta, asistí una noche á una reunión en casa de la señora de X.

Me habían arrancado de mi piececita de soñador para marearme con perfumes de mujer, melodías de Bethoven y crugimientos de seda. Una fiesta mundana á que no estaba acostumbrado.

Entre el ir y venir de los invitados, así-

del corazón. Junto con el traje engorroso iba á quedar olvidado quizás por cuanto tiempo.

Más tarde pensé muchas veces en si aquel primer olvido sería la apagada manifestación de un sentimiento más complejo y más exigente que en día no lejano debería estallar con todos los entusiasmos de la segunda juventud, de esa edad que es como la infancia de la experiencia, como el despertar razonable del alma, como el fin inevitable de los sueños y de las fantasías del adolecente.

¿Amaba? Sí, amaba, pero no me atrevía á levantar los ojos delante de la mujer amada. Temía que el encanto de la visión que se forjaba mi alma no correspondiera con los hechizos de la elegida de mi corazón. Y en esta lucha constante muchas veces llegué á preguntarme: ¿si el corazón me engañara...?

Una noche, nuestras miradas se encontraron. Me atreví á mirarla fijamente, pero ella bajó los ojos. Entonces sentí el imperio de su hermosura, abracé con mis miradas sus formas, sus pensamientos con mis pensamientos; más, en medio del íntimo regocijo que me causaba el pensar que allí cerca latía un corazón por mí, lleno de miedo de mí mismo, exclamé decepcionado: "No, no es Ella la visión de ese sér ideal que me persigue".

¿Por qué? ¡Quién sabe! Sólo me dí cuenta de que se producía en mis sentimientos

El Retrato

dose á los galanteos, como la mariposa á la luz.

Y fué al volver de un largo paseo á través de los rosales del jardín, cuando sintió desesperadamente la ausencia del primo. Allí la dicha fugaz había clavado la primera espina en su corazón.

*

Y Amadeo no se explica todavía por qué dos meses más tarde, Zunilda resolvió casarse con él.

—Tú eres demasiado loca, ¿no es verdad Amadeo?

—Verdad, tía Jesús.

—Debes cambiar, Zunilda, ya es tiempo.

—¿Qué dice usted tía Jesús? preguntó Amadeo, poniéndose pálido.

—Que esta chiquilla debe pensar en algo serio... en algún buen partido....

Amadeo comprendió todo eso; bajó la cabeza y se resolvió al sacrificio.

—Si quieres, primita, yo te ayudaré—dijo casi temblando.

—Eres tan bueno. ¿En el baile de mañana?

—Donde quieras.

En la noche, Amadeo no pudo conciliar el sueño. Se revoleaba en la cama. Encendía y apagaba la luz. Por la mañana amaneció con fiebre y no pudo levantarse.

A la hora de almuerzo Zunilda entró á su pieza.

—¿Qué tienes, primito?—le preguntó.

—Estoy enfermo.

Por primera vez, Zunilda iba á verse libre de la vigilancia de Amadeo, en el baile de la noche.

Por eso los adoradores le llovieron. El completo dominio de su libertad lejos de la vigilancia de Amadeo, le dió bríos para reir y apurar los deleites de la fiesta, abandonán-

A la tía Jesús no le pareció extraño aquello. Alguna vez el pobre Amadeo debía desgraciarse. Mas, Amadeo y Zunilda siguieron como antes.

Ella lo quería para pololear en la casa. En la calle y en las fiestas le servía para acompañar á la mamá. El no alimentaba otra aspiración que servir á Zunilda, como un idiota. Y este idiotismo del pobre Amadeo era un amor verdadero. Y aquel imperio de Zunilda una crueldad sin nombre.

Nada hay más terrible que contrariar un afecto arraigado ó una pasión ciega. Todos los seres de la creación cuidan ó protegen lo que aman, por instinto, por educación ó por sentimiento. La gallina ampara y protege al polluelo atacado por el gavilán. Zunilda era una pollita codiciada; pero Amadeo era "un gallina".

Cuando algún gomoso galanteaba con malas ó buenas intenciones á la prima, él demostraba sin reserva todos los aspavientos de una gallina frente al peligro. Por esto, su tía Jesús lo consideraba indispensable sobre todo en las grandes reuniones.

Un día, de sobremesa, después de un gran baile y en vísperas de otro, Zunilda dijo á la mamá muy despacito:

—Líbrame de este verdugo.

Entonces la tía Jesús le respondió muy seria:

de Antonio Henríquez [illegible]

Un cándido

Zunilda tenía dos dedos de frente. Amadeo, ninguno. Zunilda tenía el talento necesario para conocer que Amadeo era un partido imposible. El primo era, pues, un pobre de espíritu, y la prima una muchacha casi espiritual.

Sin embargo, Amadeo gozaba de ciertas prerrogativas entre las mamaes. Sobre todo en casa de la tía Jesús. Nadie mejor que él para ir en busca del médico. [illegible] más diligente para hacer despachar [illegible]. Para los encargos al "centro" [illegible] maravilla.

En confianza, Amadeo se prestaba gustoso para desempeñar los mandados caseros propios de su sexo. Llegó á tal extremo que, un día, cambiando de lugar los muebles de la pieza de Zunilda, se le vino encima el ropero y quebró el espejo.

Zunilda le puso malos ojos, como que los de él no le serían suficiente para mirarse.

tinente, de mi insistencia en desafiarla á una lucha galante de miradas. La he visto escurrirse entre la multitud, en la que el manto negro, negligentemente llevado, nos desorienta y desespera.

Pero he seguido tras ella guiado por la estela invisible de su perfume de mujer, y al fin... ha desaparecido y me he quedado con los ojos fijos en el sitio en donde la ví por vez primera, sintiendo que mis nervios se dilatan en una suprema languidez de angustia.

¿A dónde has llevado, mujer soberbia y elegante, tu cuerpo de romana, para herir corazones y desafiar la santidad de las miradas? ¿O vives en algún apartado barrio de la ciudad en donde todos los que te ven te consideran menos que á nadie, porque eres diferente á la vulgaridad, superior á las ambiciones comunes; imagen de lo que he soñado, realidad fugitiva de mis ojos que te vieron, aspiración suprema de mis brazos que te persiguen?

Impresión callejera

He visto esta mañana, á la salida de un templo, á una esbelta y joven mujer de soberbia é incitante musculatura.

A su atracción irresistible, he sentido un enorme escalofrío de ansias, una sed imperiosa de palpar por sobre su manto, flotante como un tul, su carnación majestuosa trasplantada á la enfermiza fecundidad de mi tierra. Y he visto en los ojos de esta mujer arrogante una profunda sombra de tristeza, como si germinaran en su alma y asomaran á sus pupilas mil secretas pesadumbres, hijas quién sabe de qué historia, de qué drama, cuyos detalles ignoro, pero cuya existencia presiento.

¿De qué barrio de la ciudad ha venido hasta esta casa del Señor, y á dónde ha ido después de un largo rato de oración ó penitencia?

¡Quién sabe! ¿Quién sabe quién es ella?

La he visto huir de mi curiosidad imper-

cuenta con la ayuda divina. Yo sólo sé que miente, y miente con malas intenciones. Cómo podrá engañar, urdir y mentir tanto. Qué cargas para el confesor.

—Se confiesa todos los Domingos.

—Ah, por eso!...

Fugaz

—Cuando te conocí eras una chiquitina encantadora. Hoy eres una joven arrogante y orgullosa. Ayer acaricié tus bucles rozando tu frente con mis labios. Hoy no puedo estrecharte la mano inclinándome para besarla. Ayer nos ligaban las caricias inocentes. Hoy la distancia del amor nos separa.

Mientras tú subes, yo desciendo. Llegó el día en que te ví á la altura de mis ojos. Hoy te veo á la altura de mis esperanzas. Cuando tú empezabas á soñar, yo despertaba. Hoy que los años pesan sobre mí, tú hablas de la felicidad de la juventud.

—¡Cómo se pasa el tiempo!

—Tienes razón... El tiempo es lo imprevisto en la indiferencia de la felicidad. El tiempo es el ensueño en la satisfacción de un deseo. El tiempo es la esperanza en la dicha que se aguarda. El tiempo es el capullo de la hermosura infantil. El tiempo es lo que no se siente en la dulce edad de la juventud... Tienes razón, amiga mía, el tiempo vuela.

ves que no soy exigente. Es una flor delicada escondida entre sus hojas, á quien es necesario descubrirla sin engaños, sin pretenciones y sin orgullo, para saber lo que vale.

Me gusta porque habla solamente de lo que sabe, y lo que sabe lo dice impregnado en la humildad, en el sentimiento, y en la sinceridad de su alma de mujer. Me gusta, porque con dignidad y con el mérito de su propio valer, nos evita, desde la primera tentativa, marearla con galanterías.

Se está bien á su lado hablando no solamente de amor....

—Y de todas, ¿quién es ella?

—Lulú.

—Dios mío, la más fea...

—Es el efecto que ella sabe disimular con las cualidades que faltan á otras.

***

Devoción

—Aquella, es una pispirilla. No sabe ni lo que siente, ni lo que piensa, ni lo que dice.

Yo sé que tiene malas intenciones, porque lo he experimentado. Hace poco me habló mal del joven á quien galantea en este momento. Es una araña para tejer redes. Ella deshizo un matrimonio, y hasta sería capaz de deshacer el nudo gordiano. Dice "con el favor de Dios" cuando va á poner en práctica la trama que ha urdido. Yo no sé si

Murmurando

Mariposa

—Hay una cualidad en tí que no has descubierto tus admiradores. Tú posees el mérito de hacerte querer, á pesar de tu coquetería.

—¿Por qué?

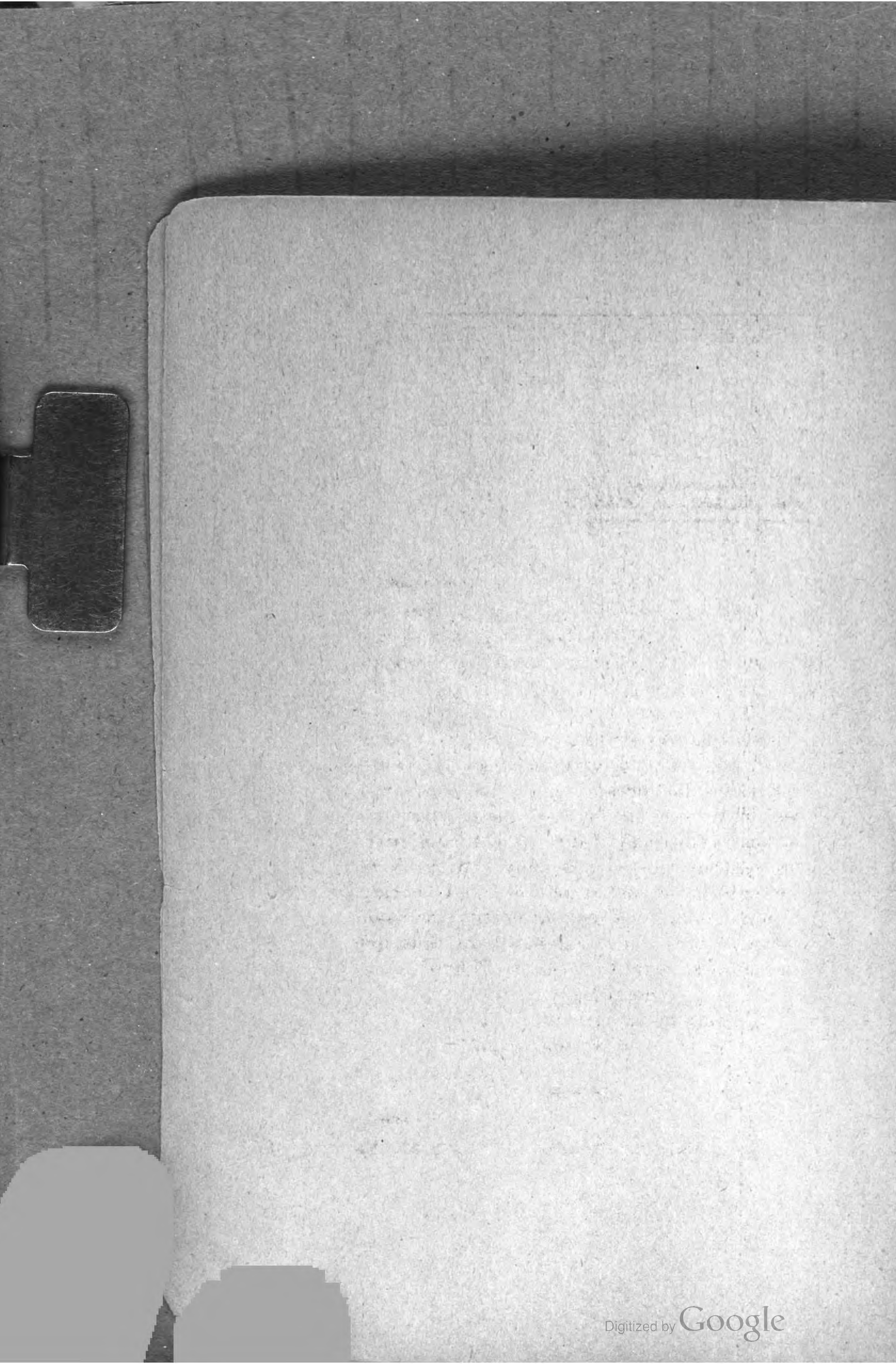
—Porque empleas una volubilidad especial para comprender inocentemente cómo se engañan los hombres y cómo caen las mujeres. Tú no sabes todavía lo que es amar, pero has hecho jugar tanto tu voluntad sobre tus sentimientos, que aquélla empieza á ceder ante la necesidad de amar y ser amada El amor para tí es un sentimiento conocido; pero el amar es una cualidad de tu alma, que aún no despierta. Conoces la "teoría", pero no has experimentado.

—¿Y hay peligro en ello?

—Sí, es malo jugar con fuego.

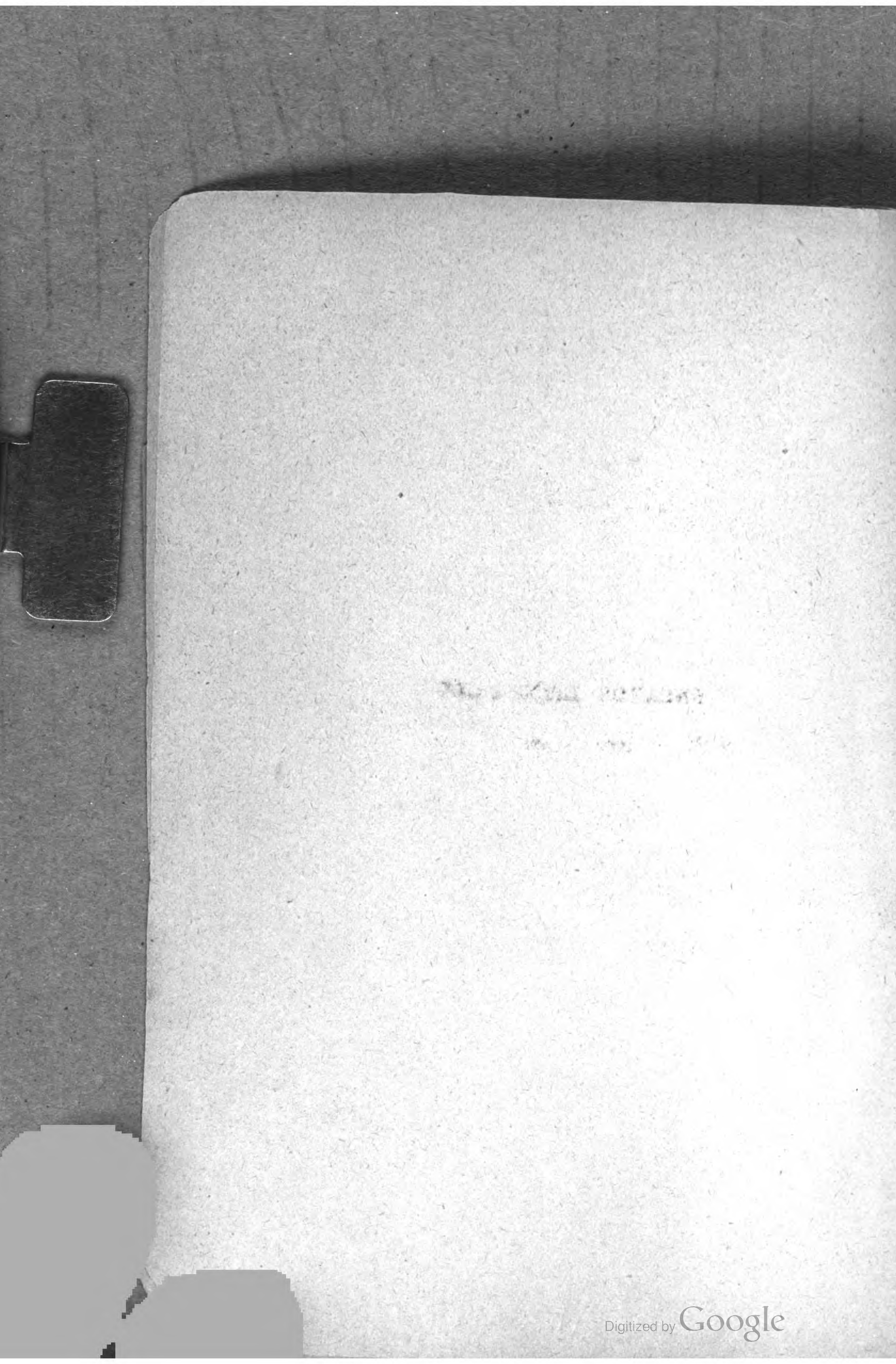
Violeta

—De todas, me ha gustado una sola. Ya



ENSAYOS LITERARIOS

1900. — 1906

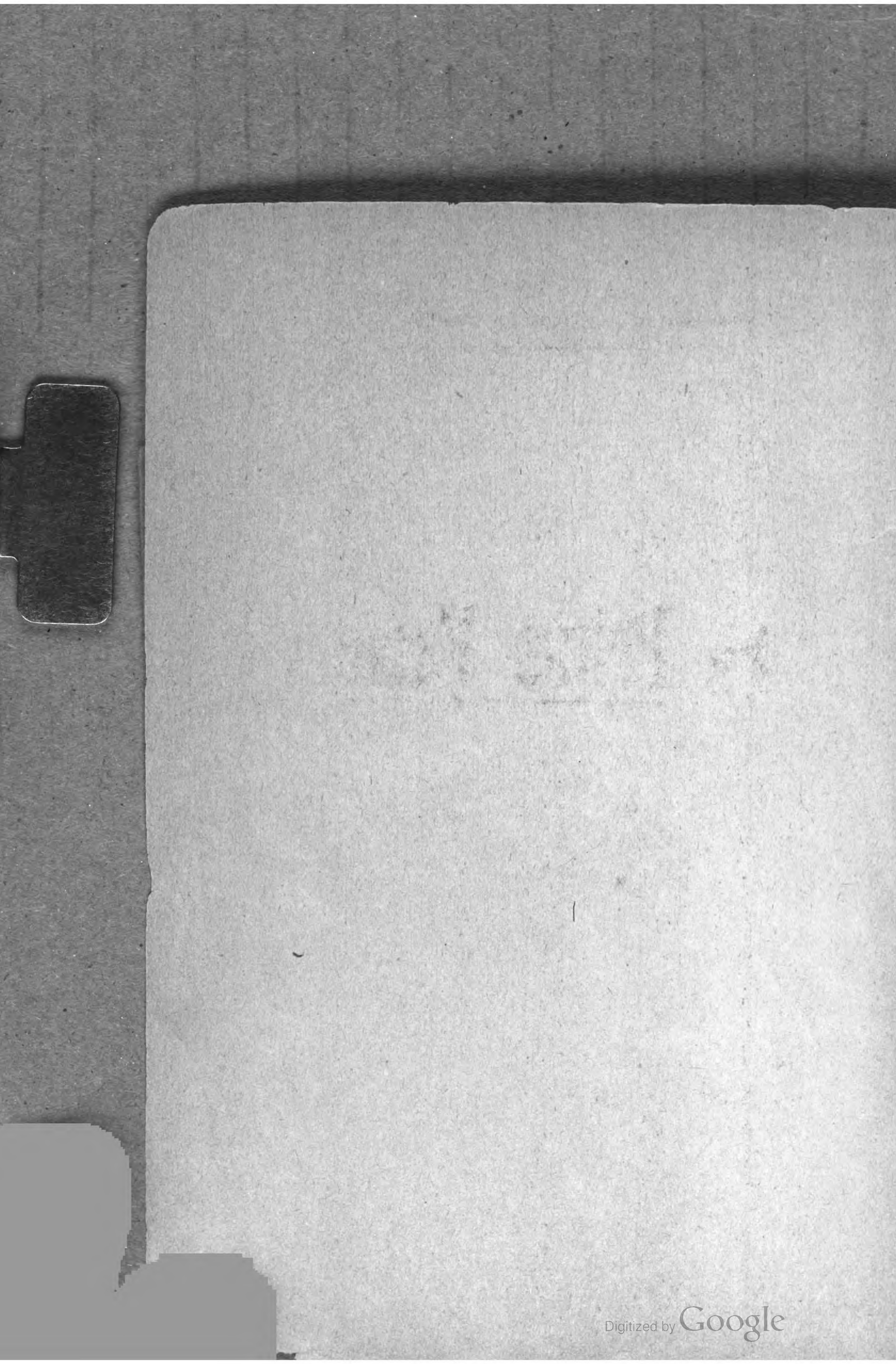


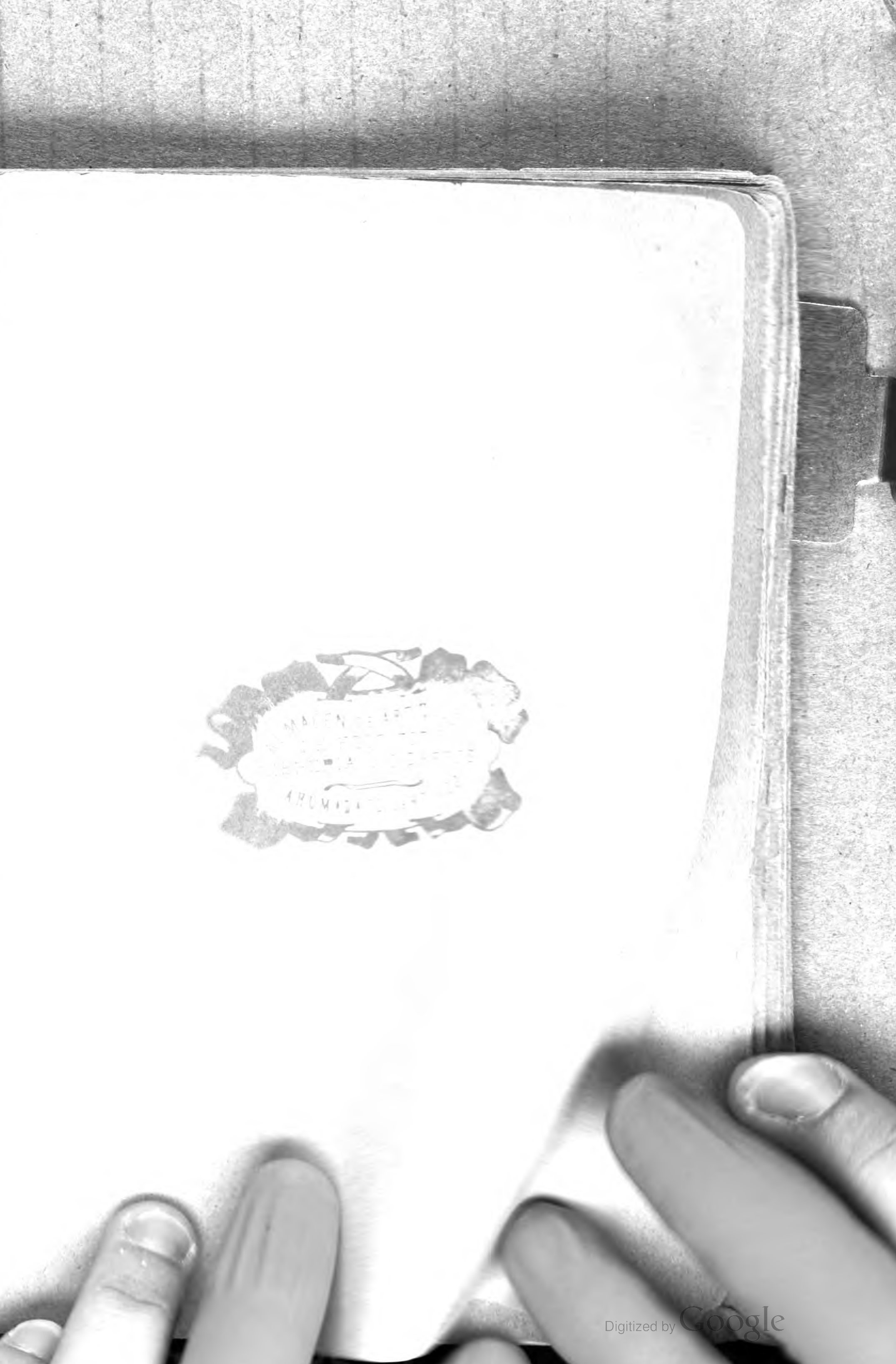
HONORIO HENRIQUEZ PEREZ

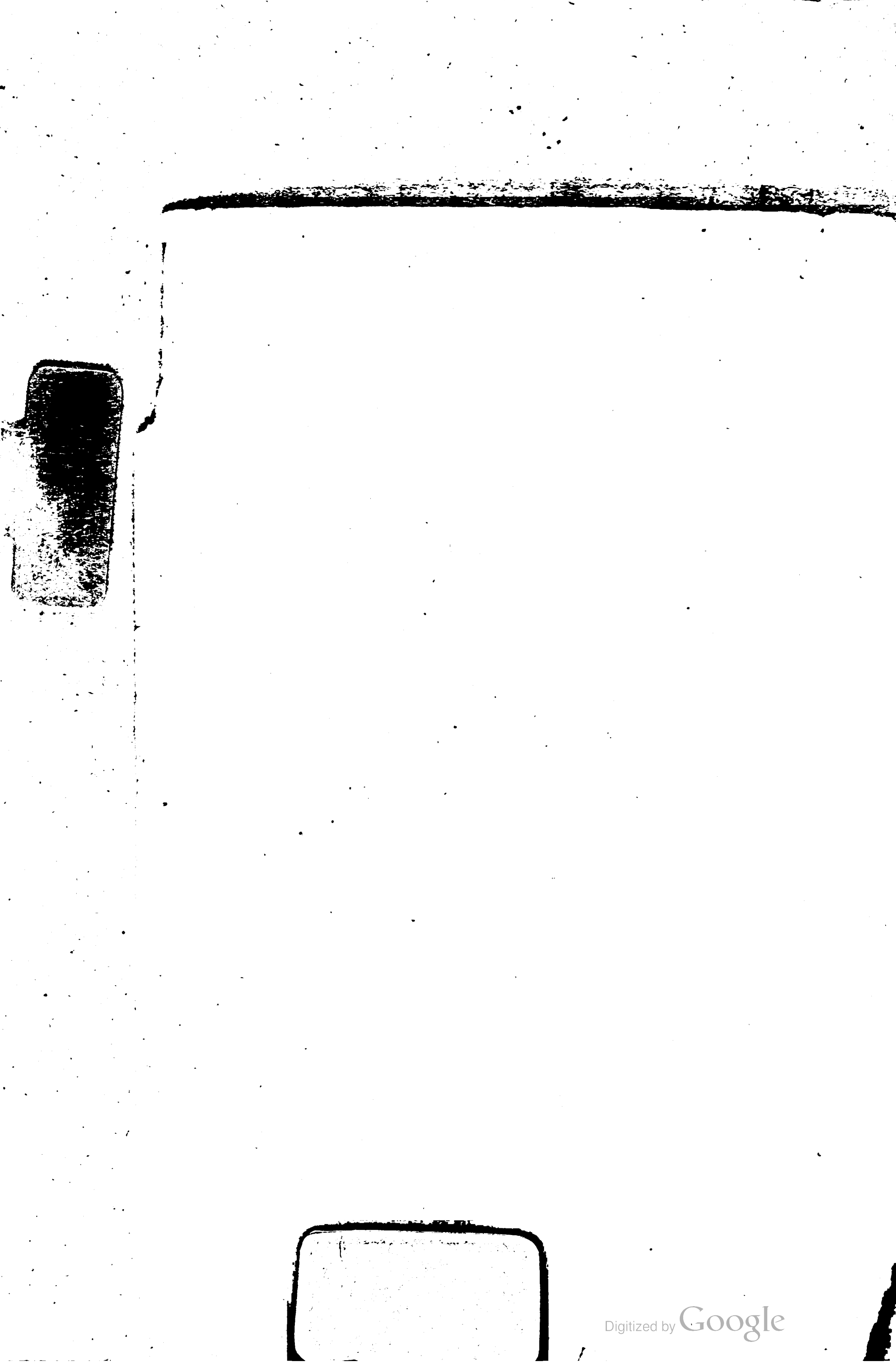
Prima Facie

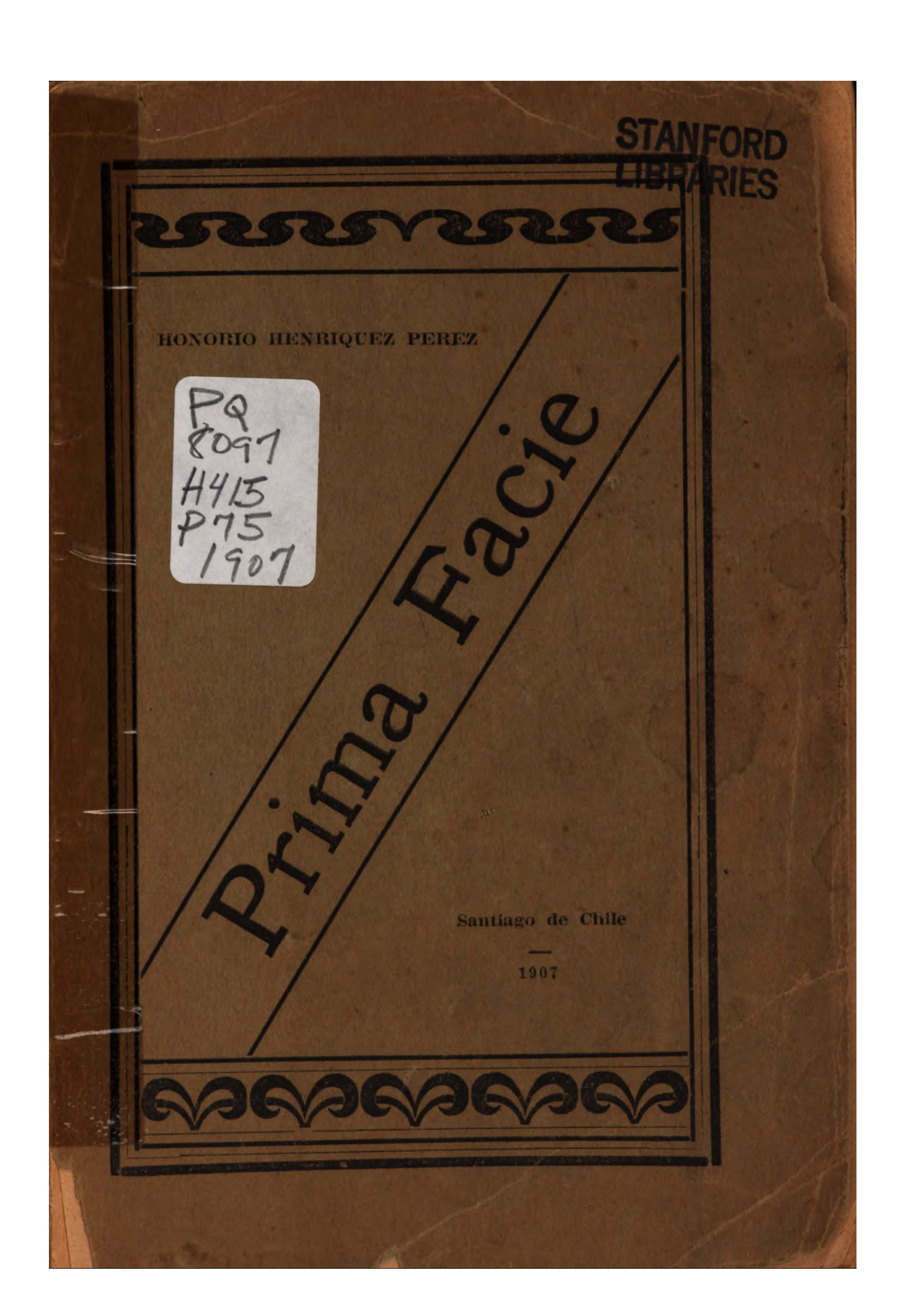
SANTIAGO DE CHILE.—

IMPRENTA "EL DIARIO ILUSTRADO". — 1907.








HONORIO HENRIQUEZ PEREZ
Prima Facie
Santiago de Chile
1907